



Giovanni Bocaccio

Decamerón



PROEMIO

COMIENZA EL LIBRO LLAMADO
DECAMERÓN, APELLIDADO
PRÍNCIPE GALEOTO, EN EL QUE
SE CONTIENEN CIEN NOVELAS
CONTADAS EN DIEZ DÍAS POR
SIETE MUJERES Y POR TRES
HOMBRES JÓVENES.

HUMANA cosa es tener compasión de los afligidos, y aunque a todos conviene sentirla, más propio es que la sientan aquellos que ya han tenido menester de consuelo y lo han encontrado en otros: entre los cuales, si hubo alguien de él necesitado o le fue querido o ya de él recibió el contento, me cuento yo. Porque desde mi pri-

mera juventud hasta este tiempo habiendo estado sobremanera inflamado por altísimo y noble amor (tal vez, por yo narrarlo, bastante más de lo que parecería conveniente a mi baja condición aunque por los discretos a cuya noticia llegó fuese alabado y reputado en mucho), no menos me fue grandísima fatiga sufrirlo: ciertamente no por crueldad de la mujer amada sino por el excesivo fuego concebido en la mente por el poco dominado apetito, el cual porque con ningún razonable límite me dejaba estar contento, me hacía muchas veces sentir más dolor del que había necesidad. Y en aquella angustia tanto alivio me procuraron las afables razones de algún amigo y sus loables consuelos, que tengo la opinión firmísima de que por haberme sucedido así no estoy muerto. Pero cuando plugo a Aquél que, siendo infinito, dio por ley incommovible a to-

das las cosas mundanas el tener fin, mi amor, más que cualquiera otro ardiente y al cual no había podido ni romper ni doblar ninguna fuerza de voluntad ni de consejo ni de vergüenza evidente ni ningún peligro que pudiera seguirse de ello, disminuyó con el tiempo, de tal guisa que sólo me ha dejado de sí mismo en la memoria aquel placer que acostumbra ofrecer a quien no se pone a navegar en sus más hondos piélagos, por lo que, habiendo desaparecido todos sus afanes, siento que ha permanecido deleitoso donde en mí solía doloroso estar. Pero, aunque haya cesado la pena, no por eso ha huido el recuerdo de los beneficios recibidos entonces de aquéllos a quienes, por benevolencia hacia mí, les eran graves mis fatigas; ni nunca se irá, tal como creo, sino con la muerte. Y porque la gratitud, según lo creo, es entre las demás virtudes sumamente

de alabar y su contraria de maldecir, por no parecer ingrato me he propuesto prestar algún alivio, en lo que puedo y a cambio de los que he recibido (ahora que puedo llamarme libre), si no a quienes me ayudaron, que por ventura no tienen necesidad de él por su cordura y por su buena suerte, al menos a quienes lo hayan menester. Y aunque mi apoyo, o consuelo si queremos llamarlo así, pueda ser y sea bastante poco para los necesitados, no deja de parecerme que deba ofrecerse primero allí donde la necesidad parezca mayor, tanto porque será más útil como porque será recibido con mayor deseo. ¿Y quién podrá negar que, por pequeño que sea, no convenga darlo mucho más a las amables mujeres que a los hombres? Ellas, dentro de los delicados pechos, temiendo y avergonzándose, tienen ocultas las amorosas llamas (que cuán mayor fuerza tienen

que las manifiestas saben quienes lo han probado y lo prueban); y además, obligadas por los deseos, los gustos, los mandatos de los padres, de las madres, los hermanos y los maridos, pasan la mayor parte del tiempo confinadas en el pequeño circuito de sus alcobas, sentadas y ociosas, y queriendo y no queriendo en un punto, revuelven en sus cabezas diversos pensamientos que no es posible que todos sean alegres. Y si a causa de ellos, traída por algún fogoso deseo, les invade alguna tristeza, les es fuerza detenerse en ella con grave dolor si nuevas razones no la remueven, sin contar con ellas son mucho menos fuertes que los hombres; lo que no sucede a los hombres enamorados, tal como podemos ver abiertamente nosotros. Ellos, si les aflige alguna tristeza o pensamiento grave, tienen muchos medios de aliviarse o de olvidarlo

porque, si lo quieren, nada les impide pasear, oír y ver muchas cosas, darse a la cetrería, cazar o pescar, jugar y mercadear, por los cuales modos todos encuentran la fuerza de recobrar el ánimo, o en parte o en todo, y removerlo del doloroso pensamiento al menos por algún espacio de tiempo; después del cual, de un modo o de otro, o sobreviene el consuelo o el dolor disminuye. Por consiguiente, para que al menos por mi parte se enmiende el pecado de la fortuna que, donde menos obligado era, tal como vemos en las delicadas mujeres, fue más avara de ayuda, en socorro y refugio de las que aman (porque a las otras les es bastante la aguja, el huso y la devanadera) entiendo contar cien novelas, o fábulas o parábolas o historias, como las queramos llamar, narradas en diez días, como manifiestamente aparecerá, por una honrada compañía de siete

mujeres y tres jóvenes, en los pestilentes tiempos de la pasada mortandad, y algunas canciones cantadas a su gusto por las dichas señoras. En las cuales novelas se verán casos de amor placenteros y ásperos, así como otros azarosos acontecimientos sucedidos tanto en los modernos tiempos como en los antiguos; de los cuales, las ya dichas mujeres que los lean, a la par podrán tomar solaz en las cosas deleitosas mostradas y útil consejo, por lo que podrán conocer qué ha de ser huido e igualmente qué ha de ser seguido: cosas que sin que se les pase el dolor no creo que puedan suceder. Y si ello sucede, que quiera Dios que así sea, den gracias a Amor que, librándome de sus ligaduras, me ha concedido poder atender a sus placeres.

SÉPTIMA JORNADA

COMIENZA LA SÉPTIMA JORNADA DEL DECAMERÓN, EN LA CUAL, BAJO EL GOBIERNO DE DIONEIO, SE DISCURRE SOBRE BURLAS QUE POR AMOR O POR SU SALVACIÓN HAN HECHO LAS MUJERES A SUS MARIDOS, HABÍENDOSE APERCIBIDO ELLOS O NO.

Todas las estrellas habían huido ya de las partes del oriente, con la excepción de aquella que Lucifer llamamos, que todavía lucía en la blanquecinta aurora, cuando el senescal, levantándose, con un gran equipaje se fue al Valle de las Damas para disponer allí todas las cosas según la orden y el mandato habido de su señor.

Después de cuya marcha no tardó mucho en levantarse el rey, a quien había despertado el estrépito de los cargadores y de las bestias; y levantándose, hizo levantar a las señoras y a los jóvenes por igual; y no despuntaban aún bien los rayos del sol cuando todos se pusieron en camino. Y nunca hasta entonces les había parecido que los ruiseñores cantaban tan alegremente y los otros pájaros como aquella mañana les parecía; por cuyos cantos acompañados se fueron al Valle de las Damas, donde, recibidos por muchos más, les pareció que con su llegada se alegrasen. Allí, dando una vuelta por él y volviendo a mirarlo de arriba abajo, tanto más bello les pareció que el día pasado cuanto más conforme era con su belleza la hora del día.

Y luego de que con el buen vino y los dulces hubieron roto el ayuno

para que por los pájaros no fuesen superados, comenzaron a cantar, y junto con ellos el valle, siempre entonando las mismas canciones que decían ellos a las que todos los pájaros, como si no quisiesen ser vencidos, dulces y nuevas notas añadían. Mas luego que la hora de comer fue venida, puestas las mesas bajo los frondosos laureles y los otros verdes árboles, junto al bello lago, como plugo al rey, fueron a sentarse, y mientras comían veían a los peces nadar por el lago en anchísimos bancos; lo que, tanto como de mirar daba a veces motivo para conversar. Pero luego de que llegó el final del almuerzo, y las viandas y las mesas fueron retiradas, todavía más contentos que antes empezaron a cantar y luego de esto a tañer sus instrumentos y a danzar; y después, habiéndose puesto camas en muchos lugares por el pequeño valle

(todas por el discreto senescal rodeadas de sargas francesas y de cortinas cerradas) con licencia del rey, quien quiso pudo irse a dormir; y quien dormir no quiso, con los otros a sus acostumbrados entretenimientos podía entregarse a su placer. Pero llegada ya la hora en que todos estaban levantados y era tiempo de recogerse a novelar, según quiso el rey, no lejos del lugar donde comido habían, haciendo extender tapetes sobre la hierba y sentándose cerca del lago, mandó el rey a Emilia que comenzase; la cual, alegremente, así comenzó a decir sonriendo:

NOVELA PRIMERA

Gianni Lotteringhi oye de noche llamar a su puerta; despierta a su mujer y ella le hace creer que es un espantajo; van a conjurarlo con una oración y las llamadas cesan.

Señor mío, me hubiera agradado muchísimo, si a vos os hubiera placido, que otra persona en lugar de mí hubiera a tan buena materia como es aquella de que hablar debemos hoy dado comienzo; pero puesto que os agrada que sea yo quien a las demás dé valor, lo haré de buena gana. Y me ingeniaré, carísimas señoras, en decir, algo que pueda seros útil en el porvenir, porque si las demás son

como yo, todas somos medrosas, y máximamente de los espantajos que sabe Dios que no sé qué son ni he encontrado hasta ahora a nadie que lo supiera, pero a quienes todas tememos por igual ; y para hacerlos irse cuando vengan a vosotras, tomando buena nota de mi historia, podréis una santa y buena oración, y muy valiosa para ello, aprender.

Hubo en Florencia, en el barrio de San Brancazio, un vendedor de estambre que se llamó Gianni Lotteringhi, hombre más afortunado en su arte que sabio en otras cosas, porque teniendo algo de simple, era con mucha frecuencia capitán de los laudenses de Santa María la Nueva, y tenía que ocuparse de su coro, y otras pequeñas ocupaciones semejantes desempeñaba con mucha frecuencia, con lo que él se tenía en mucho; y aquello le ocurría porque muy fre-

cuentemente, como hombre muy acomodado, daba buenas pitanzas a los frailes. Los cuales, porque el uno unas calzas, otro una capa y otro un escapulario le sacaban con frecuencia, le enseñaban buenas oraciones y le daban el paternoste en vulgar y la canción de San Alejo y el lamento de San Bernardo y las alabanzas de doña Matelda y otras tonterías tales, que él tenía en gran aprecio y todas por la salvación de su alma las decía muy diligentemente. Ahora, tenía éste una mujer hermosísima y atrayente por esposa, la cual tenía por nombre doña Tessa y era hija de Mannuccio de la Cuculía, muy sabia y previsora, la cual, conociendo la simpleza del marido, estando enamorada de Federigo de los Neri Pegolotti, el cual hermoso y lozano joven era, y él de ella, arregló con una criada suya que Federigo viniese a hablarle a una tie-

rra muy bella que el dicho Gianni tenía en Camerata, donde ella estaba todo el verano; y Gianni alguna vez allí venía por la tarde a cenar y a dormir y por la mañana se volvía a la tienda y a veces a sus laúdes. Federico, que desmesuradamente lo deseaba, cogiendo la ocasión, un día que le fue ordenado, al anochecer allá se fue, y no viniendo Gianni por la noche, con mucho placer y tiempo, cenó y durmió con la señora, y ella, estando en sus brazos por la noche, le enseñó cerca de seis de los laúdes de su marido. Pero no entendiendo que aquélla fuese la última vez como había sido la primera, ni tampoco Federico, para que la criada no tuviese que ir a buscarle a cada vez, arreglaron juntos esta manera: que él todos los días, cuando fuera o volviera de una posesión suya que un poco más abajo estaba, se fijase en una viña

que había junto a la casa de ella, y vería una calavera de burro sobre un palo de los de la vid, la cual, cuando con el hocico vuelto hacia Florencia viese, seguramente y sin falta por la noche, viniese a ella, y si no encontraba la puerta abierta, claramente llamase tres veces, y ella le abriría; y cuando viese el hocico de la calavera vuelto hacia Fiésole no viniera porque Gianni estaría allí. Y haciendo de esta manera, muchas veces juntos estuvieron; pero entre las otras veces hubo una en que, debiendo Federigo cenar con doña Tessa, habiendo ella hecho asar dos gordos capones, sucedió que Gianni, que no debía venir, muy tarde vino. De lo que la señora mucho se apesadumbró, y él y ella cenaron un poco de carne salada que había hecho salcochar aparte; y la criada hizo llevar, en un mantel blanco, los dos capones

guisados y muchos huevos frescos y una frasca de buen vino a un jardín suyo al cual podía entrarse sin ir por la casa y donde ella acostumbraba a cenar con Federigo alguna vez, y le dijo que al pie de un melocotonero que estaba junto a un pradecillo aquellas cosas pusiera; y tanto fue el enojo que tuvo, que no se acordó de decirle a la criada que esperase hasta que Federigo viniese y le dijera que Gianni estaba allí y que cogiera aquellas cosas del huerto. Por lo que, yéndose a la cama Gianni y ella, y del mismo modo la criada, no pasó mucho sin que Federigo llegase y llamase una vez claramente a la puerta, la cual estaba tan cerca de la alcoba, que Gianni lo sintió incontinenti, y también la mujer; pero para que Gianni nada pudiera sospechar de ella, hizo como que dormía.

Y, esperando un poco, Federigo

llamó la segunda vez; de lo que maravillándose Gianni, pellizcó un poco a la mujer y le dijo:

- Tessa, ¿oyes lo que yo? Parece que llaman a nuestra puerta.

La mujer, que mucho mejor que él lo había oído, hizo como que se despertaba, y dijo:

- ¿Qué dices, eh?

- Digo -dijo Gianni- que parece que llaman a nuestra puerta.

- ¿Llaman? ¡Ay, Gianni mío! ¿No sabes lo que es? Es el espantajo, de quien he tenido estas noches el mayor miedo que nunca se tuvo, tal que, cuando lo he sentido, me he tapado la cabeza y no me he atrevido a destapármela hasta que ha sido día claro.

Dijo entonces Gianni:

- Anda, mujer, no tengas miedo si es él, porque he dicho antes el Te lu-

cis y la Intermerata y muchas otras buenas oraciones cuando íbamos a acostarnos y también he persignado la cama de esquina a esquina con el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y no hay que tener miedo: que no puede, por mucho poder que tenga, hacernos daño.

La mujer, para que Federigo por acaso no sospechase otra cosa y se enojase con ella, deliberó que tenía que levantarse y hacerle oír que Gianni estaba dentro, y dijo al marido:

- Muy bien, tú di tus palabras; yo por mi parte no me tendré por salva-da ni segura si no lo conjuramos, ya que estás tú aquí.

Dijo Gianni:

- ¿Pues cómo se le conjura? Dijo la mujer:

- Yo bien lo sé, que antier, cuando

fui a Fiésole a ganar las indulgencias, una de aquellas ermitañas que es, Gianni mío, la cosa más santa que Dios te diga por mí, viéndome tan medrosa me enseñó una santa y buena oración, y dijo que la había probado muchas veces antes de ser ermitaña y siempre le había servido. Pero Dios sabe que sola nunca me habría atrevido a ir a probarla; Pero ahora que estás tú, quiero que vayamos a conjurarlo.

Gianni dijo que muy bien le parecía; y levantándose, se fueron los dos calladamente a la puerta, fuera de la cual todavía Federigo, ya sospechando, estaba; y llegados allí, dijo la mujer a Gianni:

- Ahora escupe cuando yo te lo diga.

Dijo Gianni:

- Bien.

Y la mujer comenzó la oración, y dijo:

- Espantajo, espantajo, que por la noche vas, con la cola tiesa viniste, con la cola tiesa te irás; vete al huerto junto al melocotonero, allí hay grasa tiznada y cien cagajones de mi gallina; cata el frasco y vete deprisa, y no hagas daño ni a mí ni a mi Gianni.

Y dicho así, dijo al marido:

- ¡Escupe, Gianni!

Y Gianni escupió; y Federigo, que fuera estaba y esto oído, ya desvanecidos los celos, con toda su melancolía tenía tantas ganas de reír que estallaba, y en voz baja, cuando Gianni escupía, decía:

- Los dientes.

La mujer, luego de que en esta guisa hubo conjurado tres veces al espantajo, a la cama volvió con su marido. Federigo, que con ella esperaba

cenar, no habiendo cenado y habiendo bien las palabras de la oración entendido, se fue al huerto y junto al melocotonero encontrando los dos capones y el vino y los huevos, se los llevó a casa y cenó con gran gusto; y luego las otras veces que se encontró con la mujer mucho con ella rió de este conjuro.

Es cierto que dicen algunos que sí había vuelto la mujer la calavera del burro hacia Fiésole, pero que un labrador que pasaba por la viña le había dado con un bastón y le había hecho dar vueltas, y se había quedado mirando a Florencia, y por ello Federico, creyendo que le llamaban, había venido, y que la mujer había dicho la oración de esta guisa: «Espantajo, espantajo, vete con Dios, que la calavera del burro no la volví yo, que otro fue, que Dios le dé castigo y yo estoy aquí con el Gianni mío»; por lo que,

yéndose, sin albergue y sin cena se había quedado. Pero una vecina mía, que es una mujer muy vieja, me dice que una y otra fueron verdad, según lo que ella de niña había oído, pero que la última no a Gianni Lotteringhi había sucedido sino a uno que se llamó Gianni de Nello, que estaba en Porta San Pietro no menos completo bobalicón que lo fue Gianni Lotterin-ghi. Y por ello, caras señoras mías, a vuestra elección dejo tomar la que más os plazca de las dos, o si queréis las dos: tienen muchísima virtud para tales cosas, como por experien-cia habéis oído; aprendedlas y ojalá os sirvan.

NOVELA SEGUNDA

Peronella mete a su amante en una tinaja al volver su marido a casa; la cual habiéndola vendido el marido, ella le dice que la ha vendido ella a uno que está dentro mirando a ver si le parece bien entera; el cual, saliendo fuera, hace que el marido la raspe y luego se la lleve a su casa.

Con grandísima risa fue la historia de Emilia escuchada y la oración como buena y santa elogiada por todos, siendo llegado el fin de la cual mandó el rey a Filostrato que siguiera, el cual comenzó:

Carísimas señoras mías, son tantas

las burlas que los hombres os hacen y especialmente los maridos, que cuando alguna vez sucede que alguna al marido se la haga, no debíais vosotras solamente estar contentas de que ello hubiera ocurrido, o de enteraros de ello o de oírlo decir a alguien, sino que deberíais vosotras mismas ir la contando por todas partes, para que los hombres conozcan que si ellos saben, las mujeres por su parte, saben también; lo que no puede sino seros útil porque cuando alguien sabe que otro sabe, no se pone a querer engañarlo demasiado fácilmente. ¿Quién duda, pues, que lo que hoy vamos a decir en torno a esta materia, siendo conocido por los hombres, no sería grandísima ocasión de que se refrenasen en burlaros, conociendo que vosotras, si queréis, sabríais burlarlos a ellos? Es, pues, mi intención contaros lo que una jovencita, aunque de

baja condición fuese, casi en un momento, para salvarse hizo a su marido.

No hace casi nada de tiempo que un pobre hombre, en Nápoles, tomó por mujer a una hermosa y atrayente jovencita llamada Peronella; y él con su oficio, que era de albañil, y ella hilando, ganando muy escasamente, su vida gobernaban como mejor podían. Sucedió que un joven galanteador, viendo un día a esta Peronella y gustándole mucho, se enamoró de ella, y tanto de una manera y de otra la solicitó que llegó a intimar con ella. Y para estar juntos tomaron el acuerdo de que, como su marido se levantaba temprano todas las mañanas para ir a trabajar o a buscar trabajo, que el joven estuviera en un lugar de donde lo viese salir; y siendo el barrio donde estaba, que Avorio se llama, muy solitario, que, salido él, éste a la casa

entrarse; y así lo hicieron muchas veces. Pero entre las demás sucedió una mañana que, habiendo el buen hombre salido, y Giannello Scrignario, que así se llamaba el joven, entrado en su casa y estando con Peronella, luego de algún rato (cuando en todo el día no solía volver) a casa se volvió, y encontrando la puerta cerrada por dentro, llamó y después de llamar comenzó a decirse:

- Oh, Dios, alabado seas siempre, que, aunque me hayas hecho pobre, al menos me has consolado con una buena y honesta joven por mujer. Ve cómo enseguida cerró la puerta por dentro cuando yo me fui para que nadie pudiese entrar aquí que la molestase.

Peronella, oyendo al marido, que conoció en la manera de llamar, dijo:

- ¡Ay! Giannelo mío, muerta soy,

que aquí está mi marido que Dios confunda, que ha vuelto, y no sé qué quiere decir esto, que nunca ha vuelto a esta hora; tal vez te vio cuando entraste. Pero por amor de Dios, sea como sea, métete en esa tinaja que ves ahí y yo iré a abrirle, y veamos qué quiere decir este volver esta mañana tan pronto a casa.

Giannello prestamente entró en la tinaja, y Peronella, yendo a la puerta, le abrió al marido y con mal gesto le dijo:

- ¿Pues qué novedad es ésta que tan pronto vuelvas a casa esta mañana? A lo que me parece, hoy no quieres dar golpe, que te veo volver con las herramientas en la mano; y si eso haces, ¿de qué viviremos? ¿De dónde sacaremos pan? ¿Crees que voy a sufrir que me empeñes el zagalejo y las demás ropas mías, que no hago día y noche más que hilar, tanto que tengo

la carne desprendida de las uñas, para poder por lo menos tener aceite con que encender nuestro candil? Marido, no hay vecina aquí que no se maraville y que no se burle de mí con tantos trabajos y cuáles que soporto; y tú te me vuelves a casa con las manos colgando cuando deberías estar en tu trabajo.

Y dicho esto, comenzó a sollozar y a decir de nuevo:

- ¡Ay! ¡Triste de mí, desgraciada de mí! ¡En qué mala hora nací! En qué mal punto vine aquí, que habría podido tener un joven de posición y no quise, para venir a dar con este que no piensa en quién se ha traído a casa. Las demás se divierten con sus amantes, y no hay una que no tenga quién dos y quién tres, y disfrutan, y le enseñan al marido la luna por el sol; y yo, ¡mísera de mí!, porque soy buena y no me ocupo de tales cosas,

tengo males y malaventura. No sé por qué no cojo esos amantes como hacen las otras. Entiende bien, marido mío, que si quisiera obrar mal, bien encontraría con quién, que los hay bien peripuestos que me aman y me requieren y me han mandado propuestas de mucho dinero, o si quiero ropas o joyas, y nunca me lo sufrió el corazón, porque soy hija de mi madre; ¡y tú te me vuelves a casa cuando tenías que estar trabajando!

Dijo el marido:

- ¡Bah, mujer!, no te molestes, por Dios; debes creer que te conozco y sé quién eres, y hasta esta mañana me he dado cuenta de ello. Es verdad que me fui a trabajar, pero se ve que no lo sabes, como yo no lo sabía; hoy es el día de San Caleone y no se trabaja, y por eso me he vuelto a esta hora a casa; pero no he dejado de buscar y encontrar el modo de que

hoy tengamos pan para un mes, que he vendido a este que ves aquí conmigo la tinaja, que sabes que ya hace tiempo nos está estorbando en casa: ¡y me da cinco liriados !

Dijo entonces Peronella:

- Y todo esto es ocasión de mi dolor: tú que eres un hombre y vas por ahí y debías saber las cosas del mundo has vendido una tinaja en cinco liriados que yo, pobre mujer, no habías apenas salido de casa cuando, viendo lo que estorbaba, la he vendido en siete a un buen hombre que, al volver tú, se metió dentro para ver si estaba bien sólida.

Cuando el marido oyó esto se puso más que contento, y dijo al que había venido con él para ello:

- Buen hombre, vete con Dios, que ya oyes que mi mujer la ha vendido en siete cuando tú no me dabas más

que cinco.

El buen hombre dijo:

- ¡Sea en buena hora! Y se fue.

Y Peronella dijo al marido:

- ¡Ven aquí, ya estás aquí, y vigila con él nuestros asuntos!

Giannello, que estaba con las orejas tiesas para ver si de algo tenía que temer o protegerse, oídas las explicaciones de Peronella, prestamente salió de la tinaja; y como si nada hubiera oído de la vuelta del marido, comenzó a decir:

- ¿Dónde estáis, buena mujer?

A quien el marido, que ya venía, dijo:

- Aquí estoy, ¿qué quieres? Dijo Giannello:

- ¿Quién eres tú? Quiero hablar con la mujer con quien hice el trato de esta tinaja. Dijo el buen hombre:

- Habla con confianza conmigo, que soy su marido. Dijo entonces Giannello:

- La tinaja me parece bien entera, pero me parece que habéis tenido dentro heces, que está todo embadurnado con no sé qué cosa tan seca que no puedo quitarla con las uñas, y no me la llevo si antes no la veo limpia.

Dijo Peronella entonces:

- No, por eso no quedará el trato; mi marido la limpiará.

Y el marido dijo:

- Sí, por cierto.

Y dejando las herramientas y quedándose en camino, se hizo encender una luz y dar una raedera, y entró dentro incontinenti y comenzó a raspar.

Y Peronella, como si quisiera ver lo que hacía, puesta la cabeza en la boca de la tinaja, que no era muy

alta, y además de esto uno de los brazos con todo el hombro, comenzó a decir a su marido:

- Raspa aquí, y aquí y también allí... Mira que aquí ha quedado una pizquita.

Y mientras así estaba y al marido enseñaba y corregía, Giannello, que completamente no había aquella mañana su deseo todavía satisfecho cuando vino el marido, viendo que como quería no podía, se ingenió en satisfacerlo como pudiese; y arrimándose a ella que tenía toda tapada la boca de la tinaja, de aquella manera en que en los anchos campos los desenfrenados caballos encendidos por el amor asaltan a las yeguas de Partia, a efecto llevó el juvenil deseo; el cual casi en un mismo punto se completó y se terminó de raspar la tinaja, y él se apartó y Peronella quitó la cabeza de la tinaja, y el marido salió

fuera. Por lo que Peronella dijo a Giannello:

- Coge esta luz, buen hombre, y mira si está tan limpia como quieres.

Giannello, mirando dentro, dijo que estaba bien y que estaba contento y dándole siete liriados se la hizo llevar a su casa.

NOVELA TERCERA

Fray Rinaldo se acuesta con su comadre, lo encuentra el marido con ella en la alcoba y le hacen creer que estaba conjurando las lombrices del ahijado.

No pudo Filostrato hablar tan oscuro de las yeguas partias que las sagaces señoras no le entendiesen y no se riesen algo, aunque fingiendo reírse de otra cosa. Pero luego de que el rey conoció que su historia había terminado, ordenó a Elisa que ella hablara; la cual, dispuesta a obedecer, comenzó:

Amables señoras, el conjuro del es-

pantajo de Emilia me ha traído a la memoria una historia de otro conjuro que, aunque no sea tan buena como fue aquélla, porque no se me ocurre ahora otra sobre nuestro asunto, la contaré.

Debéis saber que en Siena hubo en tiempos pasados un joven muy galanteador y de honrada familia que tuvo por nombre Rinaldo; y amando sumamente a una vecina suya y muy hermosa señora y mujer de un hombre rico, y esperando (si pudiera encontrar el modo de hablarle sin sospechas) conseguir de ella todo lo que deseaba, no viendo ninguno y estando la señora grávida, pensó en convertirse en su compadre; y haciendo amistad con su marido, del modo que más conveniente le pareció se lo dijo, y así se hizo. Habiéndose, pues, Rinaldo convertido en compadre de doña Agnesa y teniendo alguna ocasión más pintada para poder hablarle, le hizo conocer con palabras aquella parte de su intención que ella mucho antes había conocido en las expresiones de sus ojos; pero poco le valió, sin embargo, aunque no desagradara a la señora

haberlo oído. Sucedió no mucho después que, fuera cual fuese la razón, Rinaldo se hizo fraile y, encontrara como encontrase aquel pasto, perseveró en ello; y sucedió que un poco, en el tiempo en que se hizo fraile, había dejado de lado el amor que tenía a su comadre y algunas otras vanidades, pero con el paso del tiempo, sin dejar los hábitos las recuperó y comenzó a deleitarse en aparentar y en vestir con buenos paños y en ser en todas sus cosas galante y adornado, y en hacer canciones y sonetos y baladas, y a cantar, y en una gran cantidad de otras cosas semejantes a éstas.

Pero ¿qué estoy yo diciendo del fray Rinaldo de que hablamos? ¿Quiénes son los que no hacen lo mismo? ¡Ay, vituperio del perdido mundo! No se avergüenzan de aparecer gordos, de aparecer con el rostro encarnado, de aparecer refinados en los vestidos y en todas sus cosas, y no como palomas sino como gallos hinchados con la cresta levantada encoquetados proceden; y lo que es peor, dejemos el que tengan sus celdas llenas de tarros colmados de electuario y de unguentos, de cajas de varios dulces llenas, de ampollas y de redomitas con aguas destiladas y con aceites, de frascos con malvasía y con vino griego y con otros desbordantes, hasta el punto de que no celdas de frailes sino tiendas de especieros o de drogueros parecen mayormente a los que las ven; no se avergüenzan ellos de que los demás sepan que son golo-

sos, y se creen que los demás no saben y conocen que los muchos ayunos, las comidas ordinarias y escasas y el vivir sobriamente haga a los hombres magros y delgados y la mayoría de las veces sanos; y si a pesar de todo los hacen enfermos, al menos no enferman de gota, para la que se suele dar como medicamento la castidad y todas las demás cosas apropiadas a la vida de un modesto fraile. Y se creen que los demás no conocen que además de la vida austera, las vigili-
as largas, el orar y el disciplinarse deben hacer a los hombres pálidos y afligidos, y que ni Santo Domingo ni San Francisco, sin tener cuatro capas cada uno, no de lanilla teñida ni de otros paños señoriles, sino hechos con lana gruesa y de natural color, para protegerse del frío y no para aparentar se vestían. ¡Que Dios los ayude como necesitan las almas de los sim-

ples que los alimentan!

Así pues, vuelto fray Rinaldo a sus primeros apetitos, comenzó a visitar con mucha frecuencia a su comadre; y habiendo crecido su arrogancia, con más instancias que antes lo hacía comenzó a solicitarle lo que deseaba de ella.

La buena señora, viéndose solicitar mucho y pareciéndole tal vez fray Rinaldo más guapo de lo que solía, siendo un día muy importunada por él, recurrió a lo mismo que todas aquellas que tienen deseos de conceder lo que se les pide, y dijo:

- ¿Cómo, fray Rinaldo, y es que los frailes hacen esas cosas? A quien el fraile contestó:

- Señora, cuando yo me quite este hábito, que me lo quito muy fácilmente, os pareceré un hombre hecho como los otros, y no un fraile.

La señora se rió y dijo:

- ¡Ay, triste de mí! Sois compadre mío, ¿cómo podría ser esto? Estaría demasiado mal, y he oído muchas veces que es un pecado demasiado grande; y en verdad que si no lo fuese haría lo que quisierais.

A quien fray Rinaldo dijo:

- Sois tonta si lo dejáis por eso. No digo que no sea pecado, pero otros mayores perdona Dios a quienes se arrepienten. Pero decidme: ¿quién es más pariente de vuestro hijo, yo que lo sostuve en el bautismo o vuestro marido que lo engendró?

La señora repuso:

- Más pariente suyo es mi marido.

- Decís verdad -dijo el fraile-. ¿Y vuestro marido no se acuesta con vos?

- Claro que sí -repuso la señora.

- Pues -dijo el fraile- y yo, que soy menos pariente de vuestro hijo que vuestro marido, tanto debo poder acostarme con vos como vuestro marido.

La señora, que no sabia lógica y de pequeño empujón necesitaba, o creyó o hizo como que creía que el fraile decía verdad; y respondió:

- ¿Quién sabría contestar a vuestras palabras?

Y luego, no obstante el compadrazgo, se dejó llevar a hacer su gusto; y no comenzaron una sola vez sino que con la tapadera del compadrazgo teniendo más facilidad porque la sospecha era menor, muchas y muchas veces estuvieron juntos. Pero entre las demás sucedió una que, habiendo fray Rinaldo venido a casa de la señora y viendo que allí no había nadie sino una criadita de la señora, asaz hermosa y agradable, mandando a su compañero con ella al aposento de las palomas a enseñarle el padrenuestro, él con la señora, que de la mano llevaba a su hijito, se metieron en la alcoba y, cerrando por dentro, sobre un diván que en ella había comenzaron a jugar; y estando de esta guisa sucedió que volvió el compadre, y sin que nadie lo sintiese se fue a la puerta de la alcoba, y dio golpes y llamó a la mujer. Doña Ag-

nesa, oyendo esto, dijo:

- Muerta soy, que aquí está mi marido, ahora se dará cuenta de cuál es la razón de nuestro trato. Estaba fray Rinaldo desnudo, esto es sin hábito y sin escapulario, en camiseta; el cual esto oyendo, dijo tristemente:

- Decís verdad; si yo estuviese vestido alguna manera encontraría; pero si le abrís y me encuentra así no podrá encontrarse ninguna excusa.

La señora, por una inspiración súbita ayudada, dijo:

- Pues vestíos; y cuando estéis vestido coged en brazos a vuestro ahijado y escuchad bien lo que voy a decirle, para que vuestras palabras estén de acuerdo con las mías; y dejadme hacer a mí.

El buen hombre no había dejado de llamar cuando la mujer repuso:

- Ya voy.

Y levantándose, con buen gesto se fue a la puerta de la alcoba y, abriéndola, dijo:

- Marido mío, te digo que fray Rinaldo nuestro compadre ha venido y que Dios lo mandó porque seguro que si no hubiese venido habríamos perdido hoy a nuestro niño.

Cuando el estúpido santurrón oyó esto, todo se pasmó, y dijo:

- ¿Cómo?

- Oh, marido mío -dijo la mujer-, le vino antes de improviso un desmayo que me creí que estaba muerto, y no sabía qué hacerme ni qué decirme, si no llega a aparecer entonces fray Rinaldo nuestro compadre y, cogiéndolo en brazos, dijo: «Comadre, esto son lombrices que tiene en el cuerpo que se le están acercando al corazón y lo matarían con seguridad; pero no temáis, que yo las conjuraré y las haré morir a todas y antes de que yo me vaya de aquí veréis al niño tan sano como nunca lo habéis visto». Y porque te necesitábamos para decir ciertas oraciones y la criada no pudo encontrarte se las mandó decir a su compañero en el lugar más alto de la casa, y él y yo nos entramos aquí dentro; y porque nadie más que la madre del niño puede estar presente a tal servicio, para que otros no nos molestasen aquí nos encerra-

mos; y ahora lo tiene él en brazos, y creo que no espera sino a que su compañero haya terminado de decir las oraciones, y estará terminando, porque el niño ya ha vuelto en sí del todo.

El santurrón, creyendo estas cosas, tanto el cariño por su hijo lo conmovió que no se le vino a la cabeza el engaño urdido por la mujer, sino que dando un gran suspiro dijo:

- Quiero ir a verle.

Dijo la mujer:

- No vayas, que estropearías lo que se ha hecho; espérate, quiero ver si puedes entrar y te llamaré.

Fray Rinaldo, que todo había oído y se había vestido a toda prisa y había cogido al niño en brazos, cuando hubo dispuesto las cosas a su modo llamó:

- Comadre, ¿no es el compadre a

quien oigo ahí? Repuso el santurrón:

- Señor, sí.

- Pues -dijo fray Rinaldo-, venid aquí.

El santurrón allá fue y fray Rinaldo le dijo:

- Tomad a vuestro hijo, salvado por la gracia de Dios, cuando he creído poco ha, que no lo veríais vivo al anochecer; y bien haríais en hacer poner una figura de cera de su tamaño a la gloria de Dios delante de la estatua del señor San Ambrosio, por los méritos del cual Dios os ha hecho esta gracia. El niño, al ver a su padre, corrió hacia él y le hizo fiestas como hacen los niños pequeños; el cual, cogiéndolo en brazos, llorando no de otra manera que si lo sacase de la fosa, comenzó a besarlo y a darle gracias a su compadre que se lo había curado.

El compañero de fray Rinaldo, que no un padrenuestro sino más de cuatro había enseñado a la criadita, y le había dado una bolsa de hilo blanco que le había dado a él una monja, y la había hecho devota suya, habiendo oído al santurrón llamar a la alcoba de la mujer, calladamente había venido a un sitio desde donde pudiera ver y oír lo que allí pasaba.

Y viendo la cosa en buenos términos, se vino abajo, y entrando en la alcoba dijo:

- Fray Rinaldo, las cuatro oraciones que me mandasteis las he dicho todas.

A quien fray Rinaldo dijo:

- Hermano mío, tienes buena maderera y has hecho bien. En cuanto a mí, cuando mi compadre llegó no había dicho sino dos, pero Nuestro Señor por tu trabajo y el mío nos ha

concedido la gracia de que el niño sea curado.

El santurrón hizo traer buen vino y dulces, e hizo honor a su compadre y a su compañero con lo que ellos tenían necesidad más que de otra cosa; luego, saliendo de casa junto con ellos, los encomendó a Dios, y sin ninguna dilación haciendo hacer la imagen de cera, la mandó colgar con las otras delante de la figura de San Ambrosio, pero no de la de aquel de Milán.

NOVELA CUARTA

Tofano le cierra una noche la puerta de su casa a su mujer, la cual, no pudiendo hacérsela abrir con súplicas, finge tirarse a un pozo y arroja a él una gran piedra; Tofano sale de la casa y corre allí, y ella entra en casa y le cierra a él la puerta y con gritos lo injuria.

El rey, al sentir que terminaba la novela de Elisa, sin esperar más, volviéndose hacia Laureta, le mostró que le placía que ella narrase; por lo que ella, sin tardar, así comenzó a decir: ¡Oh, Amor, cuántas y cuáles son tus fuerzas, cuántos los consejos y cuántas las invenciones! ¿Qué filósofo, qué ar-

tista habría alguna vez podido o podría mostrar esas sagacidades, esas invenciones, esas argumentaciones que inspiras tú súbitamente a quien sigue tus huellas? Por cierto que la doctrina de cualquiera otro es tarda con relación a la tuya, como muy bien comprender se puede en las cosas antes mostradas; a las cuales, amorosas señoras, yo añadiré una, puesta en práctica por una mujercita tan simple que no sé quién sino Amor hubiera podido mostrársela.

Hubo hace tiempo en Arezzo un hombre rico, el cual fue llamado Tofano. A éste le fue dada por mujer una hermosísima mujer cuyo nombre fue doña Ghita, de la cual él, sin saber por qué, pronto se sintió celoso, de lo que apercibiéndose la mujer sintió enojo; y habiéndole preguntado muchas veces sobre la causa de sus celos y no habiéndole sabido señalar

él sino las generales y malas, le vino al ánimo a la mujer hacerlo morir del mal que sin razón temía. Y habiéndose apercebido de que un joven, según su juicio muy de bien, la cortejaba, discretamente comenzó a entenderse con él; y estando ya las cosas tan avanzadas entre él y ella que no faltaba sino poner en efecto las palabras con obras, pensó la señora encontrar semejantemente un modo para ello.

Y habiendo ya conocido entre las malas costumbres de su marido que se deleitaba bebiendo, no solamente comenzó a alabárselo sino arteramente a invitarle a ello muy frecuentemente. Y tanto tomó aquello por costumbre que casi todas las veces que le venía en gana lo llevaba a embriagarse bebiendo; y cuando lo veía bien ebrio, llevándolo a dormir, por primera vez se reunió con su amante y luego seguramente muchas veces continuó encontrándose con él, y tanto se confió en las embriagueces de éste, que no solamente había llegado al atrevimiento de traer a su amante a casa sino que ella a veces se iba con él a estarse gran parte de la noche en la suya, la cual no estaba lejos de allí. Y de esta manera continuando la enamorada mujer, sucedió que el desgraciado marido vino a darse cuenta de que ella, al animarle

a beber, sin embargo, no bebía nunca; por lo que le entraron sospechas de que fuese a ser lo que era, esto es, de que la mujer le embriagase para poder hacer su gusto mientras él estaba dormido. Y queriendo de ello, si fuese así, tener pruebas, sin haber bebido en todo el día, mostrándose una tarde el hombre más ebrio que pudiera haber en el hablar y en las maneras, creyéndolo la mujer y no juzgando que necesitase beber más, para dormir bien prestamente lo preparó. Y hecho esto, según acostumbraba a hacer algunas veces, saliendo de casa, a la casa de su amante se fue y allí hasta medianoche se quedó.

Tofano, al no sentir a la mujer, se levantó y yéndose a la puerta la cerró por dentro y se puso a la ventana, para ver a la mujer cuando volviese y hacerle manifiesto que se había percatado de sus costumbres; y tanto es-

tuvo que la mujer volvió, la cual, volviendo a casa y encontrándose la puerta cerrada, se dolió sobremanera y comenzó a tratar de ver si por la fuerza podía abrir la puerta. Lo que, luego de que Tofano lo hubo sufrido un tanto, dijo:

- Mujer, te cansas en vano porque dentro no podrás volver. Vuélvete allí adonde has estado hasta ahora; y ten por cierto que no volverás nunca aquí hasta que de esto, en presencia de tus parientes y de los vecinos, te haya hecho el honor que te conviene.

La mujer empezó a suplicar por el amor de Dios que hiciese el favor de abrirle porque no venía de donde él pensaba sino de velar con una vecina suya porque las noches eran largas y ella no podía dormirlas enteras ni velar sola en casa. Los ruegos no serían de nada porque aquel animal estaba dispuesto a que todos los areti-

nos supieran su vergüenza cuando ninguno la sabía. La mujer, viendo que el suplicar no le valía, recurrió a las amenazas y dijo:

- Si no me abres te haré el hombre más desgraciado que existe.

A quien Tofano repuso:

- ¿Y qué puedes hacerme?

La mujer, a quien Amor había ya aguzado con sus consejos el entendimiento, repuso:

- Antes de sufrir la vergüenza que quieres hacerme pasar sin razón, me arrojaré a este pozo que está cerca, en el cual luego cuando me encuentren muerta, nadie creerá sino que tú, en tu embriaguez me has arrojado allí, y así, o tendrás que huir y perder lo que tienes y ser puesto en pregones, o te cortarán la cabeza como al asesino mío que realmente habrás sido.

Nada se movió Tofano de su necia

opinión con estas palabras; por la cual cosa, la mujer dijo:

- Pues ya no puedo sufrir este fastidio tuyo, ¡Dios te perdone! Pon en su sitio esta rueca mía, que la dejo aquí.

Y dicho esto, siendo la noche tan oscura que apenas habrían podido verse uno al otro por la calle, se fue la mujer hacia el pozo; y, cogiendo una grandísima piedra que había al pie del pozo, gritando «¡Dios, perdóname!», la dejó caer dentro del pozo.

La piedra, al llegar al agua, hizo un grandísimo ruido, el que al oír Tofano creyó firmemente que se había arrojado dentro; por lo que, cogiendo el cubo con la soga, súbitamente se lanzó fuera de casa para ayudarla y corrió al pozo.

La mujer, que junto a la puerta de su casa se había escondido, al verlo

correr al pozo se refugió en casa y se cerró dentro y se fue a la ventana y comenzó a decir: - Hay que echarle agua cuando uno lo bebe, no luego por la noche. Tofano, al oírla, se vio burlado y volvió a la puerta; y no pudiendo entrar, le comenzó a decir que le abriese.

Ella, dejando de hablar bajo como hasta entonces había hecho, gritando comenzó a decir:

- Por los clavos de Cristo, borracho fastidioso, no entrarás aquí esta noche; no puedo sufrir más estas maneras tuyas: tengo que hacerle ver a todo el mundo quién eres y a qué hora vuelves a casa por la noche.

Tofano, por su parte, irritado, le comenzó a decir injurias y a gritar; de lo que sintiendo el ruido los vecinos se levantaron, hombres y mujeres, y se asomaron a las ventanas y

preguntaron qué era aquello. La mujer comenzó a decir llorando:

- Es este mal hombre que me vuelve borracho por la noche a casa o se duerme por las tabernas y luego vuelve a estas horas; habiéndolo aguantado mucho y no sirviendo de nada, no pudiendo aguantar más, he querido hacerle pasar esta vergüenza de cerrarle la puerta de casa para ver si se enmienda.

El animal de Tofano, por su parte, decía cómo había sido la cosa y la amenazaba. La mujer a sus vecinos les decía:

- ¡Ved qué hombre! ¿Qué pensaríais si yo estuviera en la calle como está él y él estuviese en casa como estoy yo? Por Dios que dudo que no creyeseis que dice la verdad: bien podéis ver el seso que tiene. Dice que he hecho lo que yo creo que ha hecho él.

Creyó que me asustaría arrojando no sé qué al pozo, pero quisiera Dios que se hubiese tirado él de verdad y ahogado, que el vino que ha bebido de más se habría aguado muy bien.

Los vecinos, hombres y mujeres, comenzaron todos a reprender a Tofano y a echarle la culpa a él y a insultarle por lo que decía contra su mujer; y en breve tanto anduvo el rumor de vecino en vecino que llegó hasta los parientes de la mujer. Los cuales llegados allí, y oyendo la cosa a un vecino y a otro, cogieron a Tofano y le dieron tantos palos que lo dejaron molido; luego, entrando en la casa, tomaron las cosas de la mujer y con ella se volvieron a su casa, amenazando a Tofano con cosas peores.

Tofano, viéndose malparado y que sus celos le habían llevado por mal camino, como quien bien quería a su mujer, recurrió a algunos amigos de

intermediarios; y tanto anduvo, que en paz volvió a llevarse la mujer a su casa, a la que prometió no ser celoso nunca más; y además de ello, le dio licencia para que hiciese cuanto gustase, pero tan prudentemente que él no se apercibiera. Y así, a modo del tonto villano quedó cornudo y apaaleado. Y viva el amor (y muera la avaricia) y viva la compañía.

NOVELA QUINTA

Un celoso disfrazado de cura confiesa a su mujer, al cual ésta da a entender que ama a un cura que viene a estar con ella todas las noches, con lo que, mientras el celoso ocultamente hace guardia a la puerta, la mujer hace entrar a un amante suyo por el

tejado y está con él.

A su argumento puso fin Laureta; y habiendo ya cada uno alabado a la mujer porque había obrado bien y como a aquel desdichado convenía, el rey, para no perder tiempo, volviéndose hacia Fiameta, plazeramente le encargó novelar; por la cual cosa, ella comenzó así: Nobilísimas señoras, la precedente historia me lleva a razonar, semejantemente, sobre un celoso, estimando que lo que sus mujeres les hacen, y máximamente cuando tienen celos sin motivo está bien hecho. Y si todas las cosas hubiesen considerado los hacedores de las leyes, juzgo que en esto deberían a las mujeres no haber adjudicado otro castigo sino el que adjudicaron a quien ofende a alguien defendiéndose: porque los celosos son hostigadores de la vida de las mujeres jóvenes y diligentísimos procuradores de su muerte. Están ellas toda la semana

encerradas y atendiendo a las necesidades familiares y domésticas. Deseando, como todos hacen, tener luego los días de fiesta alguna distracción, algún reposo, y poder disfrutar algún entretenimiento como lo toman los labradores del campo, los artesanos de la ciudad y los regidores de los tribunales, como hizo Dios cuando el día séptimo descansó de todos sus trabajos, y como lo quieren las leyes santas y las civiles, las cuales al honor de Dios y al bien común de todos mirando, han distinguido los días de trabajo de los de reposo. A la cual cosa en nada consienten los celosos, y aquellos días que para todas las otras son alegres, a ellas, teniéndolas más encerradas y más recludas, hacen sentir más míseras y dolientes; lo cual, cuánto y qué consunción sea para las pobrecillas sólo quienes lo han probado lo saben. Por lo que,

concluyendo, lo que una mujer hace a un marido celoso sin motivo, por cierto no debería condenarse sino alabarse.

Hubo, pues, en Rímini, un mercader muy rico en posesiones y en dinero el cual, teniendo una hermosísima mujer por esposa, llegó a estar sobremanera celoso de ella; y no tenía otra razón para ello sino que, como mucho la amaba y la tenía por muy hermosa y sabía que ella con todo su afán se ingeniaba en agradarle, juzgaba que todos la amaban y que a todos les parecía hermosa y también que ella se ingeniaba tanto en agradar a otros como a él (argumento que era de hombre desdichado y de poco sentimiento). Y así con estos celos tanta vigilancia tenía de ella y tan sujeta la tenía como tal vez están los que a la pena capital están condenados, que no están vigilados con tanta severidad por los carceleros. La mujer, no ya a bodas o a fiestas o a la iglesia no podía ir sino que no osaba ponerse a la ventana ni mirar fuera

de casa por ningún motivo; por la cual cosa su vida era desdichadísima, y aguantaba tanto más impacientemente este fastidio cuanto menos culpable se sentía.

Por lo que, viéndose maltratar sin razón por su marido, decidió para consuelo propio encontrar el modo, si alguno pudiera encontrar, de que con justicia le viese hecho. Y porque no podía asomarse a la ventana y así no tenía modo de poder mostrarse contenta del amor de alguno que se lo hubiese manifestado pasando por su barrio, sabiendo que en la casa de al lado de la suya había un joven apuesto y amable, pensó que, si algún agujero hubiese en el muro que dividía su casa de aquélla, mirar por él tantas veces que llegase a ver al joven en manera de poder hablarle y de darle su amor si quería recibirlo; y, si pudiese encontrarse el modo, en-

contrarse con él alguna vez y de esta manera pasar su desdichada vida hasta tanto que el diablo saliese de su marido.

Y yendo de una parte a otra, cuando su marido no estaba, mirando el muro de la casa, vio por acaso en una parte asaz secreta de ella el muro abierto un tanto por una grieta; por lo que, mirando por ella, aunque muy mal pudiese discernir la otra parte, llegó a darse cuenta de que era una alcoba allí donde daba la grieta y se dijo: «Si fuese ésta la alcoba de Filippo (es decir, del joven vecino suyo), estaría casi servida.» Y cautamente a una criada suya, que le tenía lástima, la hizo espiar, y encontró que verdaderamente el joven allí dormía solo; por lo que, acercándose con frecuencia a la grieta, y cuando sentía al joven allí, dejando caer piedrecitas y algunas ramitas secas, tanto hizo que, por ver qué era aquello, el joven se acercó allí. Al cual ella llamó suavemente y él, que su voz conoció, le respondió; y ella, teniendo tiempo,

en breve le abrió sus pensamientos. De los que muy contento el joven, hizo de tal manera que de su lado el agujero se hizo mayor, aunque de manera que nadie pudiese apercibirlo; y por allí muchas veces se hablaban y se tocaban la mano, pero más adelante no se podía ir por la rígida guardia del celoso. Ahora, acercándose la fiesta de Navidad, la mujer dijo al marido que, si le placía, quería ir la mañana de Pascua a la iglesia y confesarse y comulgar como hacen los otros cristianos; a lo que el celoso dijo:

- ¿Y qué pecado has hecho que quieres confesarte?

Dijo la mujer:

- ¿Cómo? ¿Crees que soy santa porque me tienes encerrada? Bien sabes que cometo pecados como las otras personas que así viven; pero no

quiero decírtelos a ti, que no eres cura.

El celoso sintió sospechas con estas palabras y decidió saber qué pecados había cometido aquélla y pensó el modo en que podría hacerlo; y respondió que le parecía bien, pero que no quería que fuese a otra iglesia sino a su capilla, y que allí fuese por la mañana temprano y se confesase con su capellán o con el cura que el capellán le dijese y no con otro, y se volviera enseguida a casa. A la mujer le pareció que medio había entendido; pero sin decir nada respondió que así lo haría. Venida la mañana de Pascua, la mujer se levantó al amanecer y se arregló y se fue a la iglesia que el marido le había mandado. El celoso, por otra parte, se levantó y se fue a aquella misma iglesia y llegó allí antes que ella; y habiendo ya con el cura de allí adentro arreglado lo que quería hacer, poniéndose rápidamente una de las sotanas del cura con un

capuchón grande como el que vemos que llevan los curas, habiéndoselo echado un poco hacia adelante, se sentó en el coro. La mujer, al llegar a la iglesia, hizo preguntar por el cura. El cura vino, y oyendo a la mujer que quería confesarse, dijo que no podía oírla, pero que le mandaría a un compañero suyo; y yéndose, mandó al celoso a su desgracia. El cual, viniendo muy gravemente, aunque no fuese muy de día y él se hubiese puesto el capuchón sobre los ojos, no pudo ocultarse tan bien que no fuese reconocido prestamente por la mujer; la cual, al ver aquello, se dijo a sí misma: «Alabado sea Dios, que éste de celoso se ha hecho cura; pero dejadlo, que le daré lo que está buscando.»

Fingiendo, pues, no conocerlo, se sentó a sus pies. Micer celoso se había metido algunas piedrecitas en la boca para que le dificultasen algo el habla,

de manera que la mujer no le reconociese, pareciéndole que en todas las demás cosas estaba del todo tan transformado que no creía ser reconocido de ningún modo. Pero viniendo a la confesión, entre las demás cosas que la señora le dijo, habiéndole dicho primero que estaba casada, fue que estaba enamorada de un cura el cual todas las noches iba a acostarse con ella.

Cuando el celoso oyó esto le pareció que le habían dado una cuchillada en el corazón; y si no fuera que le azuzó el deseo de saber más de aquello, habría abandonado la confesión e ídose; pero quedándose quieto preguntó a la mujer:

- ¿Y cómo? ¿No se acuesta con vos vuestro marido?

La mujer contestó:

- Señor, sí.

- Pues -dijo el celoso- ¿cómo puede también acostarse el cura?

- Señor -dijo la mujer-, el arte con que lo hace el cura no lo sé; pero no hay en casa una puerta tan cerrada que, al tocarla él, no se abra; y me dice él que, cuando ha llegado a la de mi alcoba, antes de que la abra, dice ciertas palabras por las que mi marido se duerme incontinenti, y al sentirlo dormido, abre la puerta y se viene dentro y está conmigo; y esto nunca falla.

Dijo entonces el celoso:

- Señora, esto está mal hecho y tenéis que absteneros por completo de ello.

La mujer le dijo:

- Señor, esto no creo poder hacerlo nunca porque lo amo demasiado.

- Pues yo no podré absolveros.

Le dijo la mujer:

- Lo siento mucho: no he venido aquí para decir mentiras; si creyese que podría hacerlo os lo diría.

Dijo entonces el celoso:

- En verdad, señora, me dais lástima, que os veo perder el alma con estas cosas; pero en vuestro servicio quiero pasar trabajos diciendo mis oraciones especiales a Dios en vuestro nombre, las cuales tal vez os ayuden; y os mandaré alguna vez un monaguillo mío a quien diréis si os han ayudado o no; y si os ayudan, continuaremos.

La mujer le dijo:

- Señor, no hagáis tal de mandarme nadie a casa que, si mi marido lo supiese, es tan celoso que nadie en el mundo le quitaría de la cabeza que venía sino para algo malo, y nunca más tendré paz con él.

El celoso le dijo:

- Señora, no temáis por esto, que lo haré de tal manera que nunca os dirá una palabra. Dijo entonces la señora:

- Si eso os dice el corazón, estoy de acuerdo.

Y dicha la confesión y recibida la penitencia y poniéndose en pie, se fue a oír misa. El celoso con su desgracia, resoplando, se fue a quitarse las ropas de cura y se volvió a casa, deseoso de encontrar el modo de poder encontrar juntos al cura y a la mujer para jugarles una mala pasada al uno y al otro. La mujer volvió de la iglesia y bien vio en la cara de su marido que le había dado las malas pascuas; pero él se ingeniaba cuanto podía por ocultar lo que había hecho y lo que le parecía saber. Y habiendo deliberado consigo mismo pasar la noche siguiente junto a la puerta de la calle y esperar por si venía el cura, dijo a la mujer:

- Esta noche tengo que ir a cenar y a dormir fuera, y por ello cerraré bien la puerta de la calle y la de mitad de la escalera y la de la alcoba, y cuando quieras acuéstate.

La mujer repuso:

- En buena hora.

Y cuando tuvo tiempo se fue a la abertura e hizo el signo usado, el cual, al sentirlo Filippo de inmediato vino allí; la mujer le dijo lo que había hecho por la mañana y lo que el marido le había dicho después de comer, y luego dijo:

- Estoy segura de que no saldrá de casa sino que se pondrá de guardia a la puerta, y por ello encuentra el modo de venir esta noche aquí por el tejado, de manera que estemos juntos.

El joven, muy contento de esto, dijo:

- Señora, dejadme hacer.

Venida la noche, el celoso con sus armas se ocultó silenciosamente en una alcoba del piso bajo. Y la mujer, habiendo hecho cerrar todas las puertas y máximamente la de mitad de la escalera para que el celoso no pudiera subir, cuando le pareció oportuno el joven por un camino muy cauto por su lado se vino, y se fueron a la cama, dándose el uno al otro satisfacción y buenos ratos; y venido el día, el joven se volvió a su casa.

El celoso, doliente y sin cenar, muriéndose de frío, casi toda la noche estuvo con sus armas junto a la puerta esperando que llegase el cura; y acercándose el día, no pudiendo velar más, en la alcoba del piso bajo se durmió. Luego, cerca de tercia levantándose, estando ya abierta la puerta de la casa, fingiendo venir de fuera, subió a su casa y almorzó. Y poco después, mandando un muchachito a guisa del monaguillo del cura que la había confesado, le preguntó si quien ella sabía había vuelto allí. La mujer, que muy bien conoció al mensajero, repuso que no había venido aquella noche y que, si así hacia, podría írsele de la cabeza por más que ella no querría que de la cabeza se le fuese. ¿Qué debo deciros ahora? El celoso estuvo muchas noches queriendo coger el cura a la entrada, y la mujer continuamente con su amante pasándosele-

o bien. Al final el celoso, que más no podía aguantar, con airado rostro preguntó a la mujer qué le había dicho al cura la mañana que se había confesado. La mujer repuso que no quería decírselo porque no era cosa honesta ni conveniente. El celoso le dijo:

- Mala mujer, a pesar tuyo sé lo que le dijiste, y tengo que saber quién es el cura de quién estás tan enamorada y que contigo se acuesta todas las noches por sus ensalmos, o te cortaré las venas. La mujer dijo que no era verdad que estuviera enamorada de un cura.

- ¿Cómo? -dijo el celoso-. ¿No le dijiste esto y esto al cura que te confesó?

La mujer dijo:

- No que te lo hubiera contado sino que hubieras estado presente parece;

pero sí que se lo dije.

- Pues dime -dijo el celoso-, quién es ese cura y pronto.

La mujer se echó a reír y dijo:

- Me agrada mucho cuando a un hombre sabio lo lleva una mujer simple como se lleva a un borrego por los cuernos al matadero; aunque tú no eres sabio ni lo fuiste desde aquel momento en que dejaste entrar en el pecho al maligno espíritu de los celos sin saber por qué; y cuanto más tonto y animal eres mi gloria es menor. ¿Crees tú, marido mío, que soy ciega de los ojos de la cara como tú lo eres de los de la mente? Ciertamente que no; y mirando supe quién fue el cura que me confesó y sé que fuiste tú; pero me propuse darte lo que andabas buscando y te lo di. Pero si hubieses sido sabio como crees, no habrías de aquella manera intentado saber los secretos de tu honrada mujer, y sin sentir vanas sospechas te habrías dado cuenta de que lo que te confesaba era la verdad sin que en ella hubiera nada de pecado. Te dije que

amaba a un cura; ¿y no eras tú, a quien equivocadamente amo, cura? Te dije que ninguna puerta de mi casa podía estar cerrada cuando quería acostarse conmigo; ¿y qué puerta te ha resistido alguna vez en tu casa donde allí donde yo estuviera has querido venir? Te dije que el cura se acostaba conmigo todas las noches; ¿y cuándo ha sido que no te acostases conmigo? Y cuantas veces me mandaste a tu monaguillo, tantas sabes, cuantas no estuviste conmigo, te mandé a decir que el cura no había estado. ¿Qué otro desmemoriado sino tú, que por los celos te has dejado cegar, no habría entendido estas cosas? ¡Y te has estado en casa vigilando la puerta y crees que me has convencido de que te has ido fuera a cenar y a dormir! ¡Vuelve en ti ya y hazte hombre como solías ser y no hagas hacer burla de ti a quien conoce tus

costumbres como yo, y deja esa severa guarda que haces, que te juro por Dios que si me vinieran ganas de ponerte los cuernos, si tuvieras cien ojos en vez de dos, me daría el gusto de hacer lo que quisiera de guisa, que tú no te enterarías!

El desdichado celoso, a quien le parecía haberse enterado muy astutamente del secreto de la mujer, al oír esto se tuvo por burlado; y sin responder nada tuvo a la mujer por sabia y por buena, y cuando tenía que ser celoso se despojó de los celos, así como se los había vestido cuando no tenía necesidad de ellos. Por lo que la discreta mujer, casi con licencia para hacer su gusto, sin hacer venir a su amante por el tejado como los gatos sino por la puerta, discretamente obrando luego, muchas veces se dio con él buenos ratos y alegre vida.

NOVELA SEXTA

*Doña Isabela, estando con Leone-
tto, y siendo amada por un micer
Lambertuccio, es visitada por éste, y
vuelve su marido; a micer Lamber-
tuccio hace salir de su casa puñal en
mano, y su marido acompaña luego a
Leonetto.*

Maravillosamente había agradado a todos la novela de Fiameta, afirmando cada uno que la mujer había obrado óptimamente y hecho lo que convenía a aquel animal de hombre. Pero luego de que hubo terminado, el rey a Pampínea ordenó que siguiese; la cual comenzó a decir: Son muchos quienes, hablando como simples, di-

cen que Amor le quita a uno el juicio y que a los que aman hace aturdidos. Necia opinión me parece; y bastante las ya dichas cosas lo han mostrado, y yo intento mostrarlo también.

En nuestra ciudad, copiosa en todos los bienes, hubo una señora joven y noble y muy hermosa, la cual fue mujer de un caballero muy valeroso y de bien. Y como muchas veces ocurre que siempre el hombre no puede usar una comida sino que a veces desea variar, no satisfaciendo a esta señora mucho su marido, se enamoró de un joven que Leonetto era llamado, muy amable y cortés, aunque no fuese de gran nacimiento, y él del mismo modo se enamoró de ella: y como sabéis que raras veces queda sin efecto lo que las dos partes quieren, en dar a su amor cumplimiento no se interpuso mucho tiempo. Ahora, sucedió que, siendo esta mujer hermosa y amable, de ella se enamoró mucho un caballero llamado micer Lambertuccio, al cual ella, porque hombre desagradable y cargante le parecía, por nada del mundo podía

disponerse a amarlo; pero solicitándola él mucho con embajadas y no valiéndole, siendo hombre poderoso, la mandó amenazar con difamarla si no hacía su gusto, por la cual cosa la señora, temiéndolo y sabiendo cómo era, se plegó a hacer su deseo. Y habiendo la señora (que doña Isabela tenía por nombre) ido, como es costumbre nuestra en verano, a estarse en una hermosísima tierra suya en el campo, sucedió, habiendo su marido ido a caballo a algún lugar para quedarse algún día, que mandó ella a por Lionetto para que viniese a estar con ella; el cual, contentísimo, fue incontinenti. Micer Lambertuccio, oyendo que el marido de la señora se había ido fuera, solo, montando a caballo, se fue a donde ella estaba y llamó a la puerta. La criada de la señora, al verlo, se fue incontinenti a ella, que estaba en la alcoba con Lionetto y,

llamándola, le dijo:

- Señora, micer Lambertuccio está ahí abajo él solo.

La señora, al oír esto, fue la más doliente mujer del mundo; pero temiéndole mucho, rogó a Leonetto que no le fuera enojoso esconderse un rato tras la cortina de la cama hasta que micer Lambertuccio se fuese.

Leonetto, que no menor miedo de él tenía de lo que tenía la señora, allí se escondió; y ella mandó a la criada que fuese a abrir a micer Lambertuccio; la cual, abriéndole y descabalgando él de su palafren y atado éste allí a un gancho, subió arriba.

La señora, poniendo buena cara y viniendo hasta lo alto de la escalera, lo más alegremente que pudo le recibió con palabras y le preguntó qué andaba haciendo. El caballero, abrazándola y besándola, le dijo:

- Alma mía, oí que vuestro marido no estaba, así que me he venido a estar un tanto con ella. Y luego de estas palabras, entrando en la alcoba y cerrando por dentro, comenzó micer Lambertuccio a solazarse con ella.

Y estando así con ella, completamente fuera de los cálculos de la señora, sucedió que su marido volvió: el cual, cuando la criada lo vio junto a la casa, corrió súbitamente a la alcoba de la señora y dijo:

- Señora, aquí está el señor que vuelve: creo que está ya en el patio.

La mujer, al oír esto y al pensar que tenía dos hombres en casa (y sabía que el caballero no podía esconderse porque su palafrén estaba en el patio), se tuvo por muerta; sin embargo, arrojándose súbitamente de la cama, tomó un partido y dijo a micer Lambertuccio:

- Señor, si me queréis algo bien y queréis salvarme de la muerte, haced lo que os diga. Cogeréis en la mano vuestro puñal desnudo, y con mal gesto y todo enojado bajaréis la escalera y os iréis diciendo: «Voto a Dios que lo cogeré en otra parte»; y si mi marido quisiera reteneros u os preguntase algo, no digáis nada sino lo que os he dicho, y, montando a caballo, por ninguna razón os quedéis con él.

Micer Lambertuccio dijo que de buena gana; y sacando fuera el puñal, todo sofocado entre las fatigas pasadas y la ira sentida por la vuelta del caballero, como la señora le ordenó así hizo.

El marido de la señora, ya descalbando en el patio, maravillándose del palafrén y queriendo subir arriba, vio a micer Lambertuccio bajar y asombróse de sus palabras y de su

rostro y le dijo:

- ¿Qué es esto, señor?

Micer Lambertuccio, poniendo el pie en el estribo y montándose encima, no dijo sino:

- Por el cuerpo de Dios, lo encontraré en otra parte.

Y se fue.

El gentilhombre, subiendo arriba, encontró a su mujer en lo alto de la escalera toda espantada y llena de miedo, a la cual dijo:

- ¿Qué es esto? ¿A quién va micer Lambertuccio tan airado amenazando?

La mujer, acercándose a la alcoba para que Leonetto la oyese, repuso:

- Señor, nunca he tenido un miedo igual a éste. Aquí dentro entró huyendo un joven a quien no conozco y a quien micer Lambertuccio seguía

con el puñal en la mano, y encontró por acaso esta alcoba abierta, y todo tembloroso dijo: «Señora, ayudadme por Dios, que no me maten en vuestros brazos». Yo me puse de pie de un salto y al querer preguntarle quién era y qué le pasaba, hete aquí micer Lambertuccio que venía subiendo diciendo: «¿Dónde estás, traidor?». Yo me puse delante de la puerta de la alcoba y, al querer entrar él, le detuve; en eso fue cortés que, como vio que no me placía que entrase aquí dentro, después de decir muchas palabras se bajó como lo visteis.

Dijo entonces el marido.

- Mujer, hicisteis bien; muy gran deshonra hubiera sido que hubiesen matado a alguien aquí dentro, y micer Lambertuccio hizo una gran villanía en seguir a nadie que se hubiera refugiado aquí dentro.

Luego preguntó dónde estaba aquel joven. La mujer contestó:

- Señor, yo no sé dónde se haya escondido.

El caballero dijo:

- ¿Dónde estás? Sal con confianza.

Leonetto, que todo lo había oído, todo miedoso como quien miedo había pasado de verdad, salió fuera del lugar donde se había escondido. Dijo entonces el caballero:

- ¿Qué tienes tú que ver con micer Lambertuccio?

El joven repuso:

- Señor, nada del mundo; y por ello creo firmemente que no esté en su juicio o que me haya tomado por otro, porque en cuanto me vio no lejos de esta casa, en la calle, echó mano al puñal y dijo:

«Traidor, ¡muerto eres!». Yo no

me puse a preguntarle que por qué razón sino que comencé a huir cuanto pude y me vine aquí, donde, gracias a Dios y a esta noble señora, me he salvado.

Dijo entonces el caballero:

- Pues anda, no tengas ningún miedo; te pondré en tu casa sano y salvo, y luego entérate bien de lo que tienes que ver con él.

Y en cuanto hubieron cenado, haciéndole montar a caballo, se lo llevó a Florencia y lo dejó en su casa; el cual, según las instrucciones recibidas de la señora, aquella misma noche habló con micer Lambertuccio ocultamente y con él se puso de acuerdo de tal manera que, por mucho que se hablase de aquello después, nunca por ello se enteró el caballero de la burla que le había hecho su mujer.

NOVELA SÉPTIMA

Ludovico descubre a doña Beatriz el amor que le tiene, la cual manda a Egano, su marido, a un jardín vestido como ella y se acuesta con Ludovico; el cual, luego, levantándose, va y apalea a Egano en el jardín.

Esta invención de doña Isabela contada por Pampínea fue por todos los de la compañía tenida por maravillosa; pero Filomena, a quien el rey había ordenado que siguiese, dijo: Amorosas señoras, si no estoy engañada, creo que contaré una no menos buena, y prestamente. Debéis saber que en París vivió un hombre noble florentino, el cual, por su pobreza, se había hecho mercader, y le había ido tan bien con el comercio que se había hecho en él riquísimo; y tenía de su mujer un solo hijo al que había llamado Ludovico. Y para que a la nobleza del padre y no al comercio saliese, no lo había el padre querido poner en ningún negocio sino que lo había puesto con otros hombres nobles al servicio del rey de Francia, donde muchas buenas maneras y buenas cosas había aprendido. Y estando allí, sucedió que ciertos caba-

llos que volvían del Sepulcro, mezclándose en una conversación de los jóvenes entre los que estaba Ludovico, y oyéndolos razonar entre sí sobre las damas hermosas de Francia y de Inglaterra y de otras partes del mundo, comenzó uno de ellos a decir que ciertamente de cuanto mundo él había recorrido y de cuantas mujeres había visto, nunca una hermosura semejante a la mujer de Egano de los Galluzzi de Bolonia, llamada doña Beatriz, había visto; en lo que todos sus compañeros que junto con él la habían visto en Bolonia, concordaron, la cual cosa escuchando Ludovico, que todavía no se había enamorado de ninguna, se inflamó en tanto deseo de verla que en otra cosa no podía fijar el pensamiento; y del todo dispuesto a ir hasta Bolonia a verla, y allí quedarse si a ella le placía, dio a entender a su padre que quería ir al

Sepulcro, lo que consiguió con gran dificultad. Poniéndose, pues, de nombre Aniquino, llegó a Bolonia, y como quiso la fortuna, al día siguiente vio a esta señora en una fiesta, y con mucho le pareció más hermosa de lo que pensado había; por lo que, enamorándose ardentísimamente de ella, se propuso no irse nunca de Bolonia si no conseguía su amor. Y pensando en qué camino debía seguir para ello, dejando cualquier otro decidió que, si pudiera hacerse criado del marido de ella, que tenía muchos, por acaso podría sucederle lo que deseaba. Vendidos, pues, sus caballos, y colocados sus criados de manera que estaban bien, habiéndoles ordenado que fingiesen no conocerlo, habiendo hecho amistad con su posadero, le dijo que de buena gana entraría como servidor de algún señor de bien, si alguno pudiese encontrar; al cual dijo el po-

sadero: - Tú eres propiamente un sirviente que debía de ser muy apreciado por un hombre noble de esta tierra que tiene por nombre Egano, el cual tiene muchos, y todos los quiere aparentes como eres tú; yo le hablaré de ello.

Y como dijo, así lo hizo; y antes que se separase de Egano, hubo colocado con él a Aniquino, el cual le agradó lo más que podía ser.

Y viviendo con Egano y teniendo oportunidades de ver con mucha frecuencia a su gobierno, tan bien y tan de grado comenzó a servir a Egano que éste le tomó tanto amor que sin él no sabía hacer ninguna cosa; y no solamente de sí sino de todas las cosas le había encomendado el gobierno. Sucedió un día que, habiendo ido Egano de cetrería y quedándose Aniquino en casa, doña Beatriz, que de su amor no se había apercebido todavía por mucho que para sí misma, mirándole a él y a sus maneras, muchas veces le había elogiado y le agradase, se puso con él a jugar al ajedrez; y Aniquino, que agradarle deseaba, muy diestramente se dejaba vencer; de lo que la señora hacía maravillosas fiestas. Y habiéndose apartado de mirarlos jugar todas las damas de la señora y dejándolos jugando solos, Aniquino lanzó un grandísi-

mo suspiro.

La señora, mirándolo, dijo:

- ¿Qué tienes, Aniquino? ¿Tanto te duele que te venza?

- Señora -repuso Aniquino-, mucho mayor cosa que lo es ésta fue la razón de mi suspiro. Dijo entonces la señora:

- ¡Ah! Dímelas, si me quieres bien.

Cuando Aniquino se oyó rogar «si la quería bien» por quien sobre todas las cosas amaba, lanzó uno mucho mayor de lo que lo había sido el primero; por lo que la señora otra vez le rogó que le pluguiese decirle cuál era la razón de sus suspiros. A quien Aniquino dijo:

- Señora, mucho temo que os sea molesta si os la digo y además temo que la digáis a otra persona. A quien la señora dijo:

- Por cierto que no me será enojo-

so; y estate seguro de esto, que nada que tú me digas, sino cuando te plazca, le diré a nadie nunca.

Entonces dijo Aniquino:

- Puesto que así me lo prometéis, os lo diré.

Y con las lágrimas en los ojos le dijo quién era él, lo que de ella había oído y dónde, y cómo de ella se había enamorado y cómo venido, y por qué había entrado como servidor del marido; y luego, humildemente le rogó que si podía ser le pluguiera tener piedad de él y complacerle en este su secreto y tan ferviente deseo; y que, si esto no quería hacer, que, dejándolo estar en el traje en que estaba, le permitiese amarla. ¡Oh, singular dulzura de la sangre boloñesa, que digna de alabanza has sido siempre en tales casos! Nunca te enorgulleciste de las lágrimas y los suspiros y continuamente has sido sensible a las súplicas, y a los amorosos deseos doblegable; si yo tuviera dignas loas para alabarte, nunca saciada se vería mi voz. La noble señora, al hablar Aniquino, le miraba; y dando plena fe a sus palabras, con tanta fuerza recibió por sus

ruegos el amor en la mente, que también ella comenzó a suspirar, y luego de algún suspiro repuso:

- Dulce Aniquino mío, ten buen ánimo: ni dones ni promesas ni cortejar de nobles ni de señor alguno ni de ningún otro (que he sido y soy cortejada por muchos) nunca pudo mover mi ánimo tanto que amase a alguno; pero tú en tan poco tiempo como han durado tus palabras me has hecho más tuya que lo soy mía. Juzgo que óptimamente has ganado mi amor, y por ello te lo doy y te prometo que te haré gozar de él antes de que termine esta noche que viene. Y para que esto tenga lugar, hacia la medianoche vendrás a mi alcoba; yo dejaré la puerta abierta; sabes de qué lado de la cama duermo yo; vendrás allí y si durmiere, tócame hasta que me despierte, y te consolaré de tan largo deseo como has sentido; y para que lo

creas quiero darte un beso en prenda.

Y echándole un brazo al cuello, amorosamente lo besó, y Aniquino a ella. Dichas estas cosas, Aniquino, dejando a la señora, se fue a hacer algunas de sus obligaciones, esperando con la mayor alegría del mundo que llegase la noche. Egano volvió de la caza, y cuando hubo cenado, como estaba cansado se fue a dormir, y la señora tras él; y como había prometido dejó la puerta de la alcoba abierta; a la cual, a la hora que le había sido dicha, vino Aniquino y calladamente entrando en la alcoba y volviendo a cerrar la puerta por dentro, del lado donde dormía la señora se fue, y poniéndole la mano en el pecho la encontró que no dormía. La cual, como sintió llegar a Aniquino, tomando su mano con las dos suyas y sujetándolo fuerte, dándose vueltas en la cama tanto hizo que despertó a Egano que dormía; al cual dijo: - No

quise decirte nada anoche porque me pareciste cansado; pero dime, así te guarde Dios, Egano, ¿a cuál tienes tú por el mejor criado y el más leal, y quién amas más, de los que tienes en casa? Repuso Egano:

- ¿Qué es eso, mujer, qué me preguntas? ¿No lo sabes? No hay ni ha habido nunca ninguno de quien tanto me fiase o me fíe o ame, cuanto me fío y amo a Aniquino. Pero ¿por qué me lo preguntas?

Aniquino, sintiendo despierto a Egano y oyendo hablar de él, había muchas veces tirado de la mano hacia sí para irse, temiendo mucho que la señora quisiese engañarle; pero ésta lo había sujetado y lo sujetaba de manera que no había podido alejarse ni podía.

La señora repuso a Egano, y dijo:

- Yo te lo diré. Yo creía que era

que fuese como tú dices y que más fiel que ninguno otro te fuera; pero me ha engañado, porque cuando te fuiste hoy de cetrería, él se quedó aquí, y cuando le pareció oportuno no se avergonzó de pedirme que consintiera en hacer su gusto; y yo, para que esta cosa no necesitase probarte con demasiadas pruebas, y para hacértelo tocar y ver, repuse que me parecía bien y que esta noche, pasada la medianoche, iré al jardín nuestro y le esperaré al pie del pino. Ahora, en cuanto a mi yo no entiendo ir allí, pero si tienes ganas de conocer la fidelidad de tu criado, puedes fácilmente, poniéndote encima una de mis sayas y en la cabeza un velo, ir allá abajo a esperar si viene, que estoy segura de que sí.

Egano, oyendo esto, dijo:

- Por cierto que conviene que lo vea.

Y levantándose como mejor pudo en la oscuridad, se puso una saya de la señora en la cabeza, y se fue al jardín y al pie de un pino se puso a esperar a Aniquino. La señora, como lo sintió levantado y fuera de la alcoba, se levantó y cerró la puerta por dentro. Aniquino, que el mayor miedo que nunca había sentido sintió, y que cuanto podía se había esforzado en salir de las manos de la señora y cien mil veces a ella y a su amor y a sí mismo, que confiado se había, había maldito, oyendo lo que al final había hecho, fue el hombre más feliz que nunca hubo; y habiendo la señora vuelto a la cama, como quiso ella, como ella se desnudó, y juntos se solazaron y disfrutaron por buen espacio de tiempo.

Luego, no pareciendo a la señora que Aniquino debiese quedarse más, lo hizo levantarse y volver a vestirse,

y así le dijo:

- Dulces labios míos, coge un buen bastón y vete al jardín, y fingiendo haberme requerido para tentarme, como si fuese yo misma, dirás insultos a Egano y me lo sacudirás bien con el bastón, porque de ello se seguirá luego maravilloso deleite y placer.

Levantándose Aniquino y yendo al jardín con una vara de sauce en la mano, cuando llegó junto al pino y Egano lo vio venir, y levantándose como si quisiese recibirlo con grandísima fiesta, le salió al encuentro; al cual dijo Aniquino:

- ¡Ay, mala mujer, así que has venido! ¿Y has creído que yo quisiera o quiero a mi señor hacerle esta afrenta? ¡Seas mil veces mal venida!

Y alzando el bastón, comenzó a sacudirlo.

Egano, al oír esto y ver el bastón,

sin decir palabra comenzó a huir, y tras él Aniquino, siempre diciendo:

- Fuera, que Dios te dé malahora, mala mujer, que por cierto que mañana se lo diré a Egano.

Egano, habiendo recibido dos de las buenas, lo antes que pudo se volvió a la alcoba; al cual preguntó la señora si Aniquino había venido al jardín.

Egano dijo:

- Así no hubiera ido, porque creyendo que eras tú me ha molido con un bastón y dicho las mayores injurias que nunca se han dicho a una mala mujer. Y así yo me maravillaba mucho de que él te hubiese dicho aquellas palabras con ánimo de hacer algo que fuese en vergüenza mía; sino que porque te vio tan alegre y cordial, quiso probarte.

- Entonces -dijo la señora-, alaba-

do sea Dios porque a mí me ha probado con palabras y a ti con obras; y creo que podría decir que yo soporto con más paciencia las palabras que tú las obras. Mas puesto que tal lealtad te tiene, hay que tenerlo en estima y honrarle.

Egano dijo:

- Por cierto que dices la verdad.

Y basándose en aquello, era de la opinión de que tenía la mujer más leal y el más fiel servidor que nunca había tenido un noble; por la cual cosa, como luego muchas veces con Aniquino, éste y la señora riesen de este hecho, Aniquino y la señora tuvieron mucha más facilidad de la que por ventura habrían tenido para hacer aquello que les daba deleite y placer mientras que a Aniquino le plugo quedarse con Egano en Bolonia.

NOVELA OCTAVA

Uno siente celos de la mujer, y ella, atándose una cuerda a un dedo por la noche, siente llegar a su amante, el marido se da cuenta, y, mientras persigue al amante, la mujer pone en el lugar suyo en la cama a otra mujer, a quien el marido pega y corta las trenzas, y luego va a buscar a sus hermanos; los cuales, encontrando que aquello no era verdad, le injurian.

Extrañamente maliciosa parecía a todos que doña Beatriz había sido al burlarse de su marido y todos afirmaban que el miedo de Aniquino debía de haber sido muy grande cuando, sujetándolo fuertemente la seño-

ra, la oyó decir que él le había requerido de amores.

Pero luego de que el rey vio callarse a Filomena, volviéndose hacia Neifile, dijo: - Decid vos. La cual, sonriendo primero un poco, comenzó:

Hermosas señoras, gran peso me incumbe si quiero con una buena historia daros gusto como os lo han dado aquellas que antes han hablado; del cual, con la ayuda de Dios, espero descargarme asaz bien. Debéis, pues, saber que en nuestra ciudad hubo un riquísimo mercader llamado Arriguccio Berfinghierri, el cual neciamente, tal como ahora ha cen cada día los mercaderes, pensó ennoblecerse por su mujer y tomó a una joven señora noble (que mal le convenía) cuyo nombre fue doña Sismonda. La cual, porque él tal como hacen los mercaderes andaba mucho de viaje y poco estaba con ella, se enamoró de un joven llamado Roberto que largamente la había cortejado; y habiendo llegado a tener intimidad con él, y teniéndola menos discretamente porque sumamente le deleitaba, sucedió (o porque Arriguccio oyese algo o

como quiera que fuese) que se hizo el hombre más celoso del mundo y dejó de ir de viaje y todos sus demás negocios, y toda su solicitud la había puesto en guardar bien a aquélla, y nunca se hubiera dormido si no la hubiese sentido antes meterse en la cama; por la cual cosa la mujer sintió grandísimo dolor, porque de ninguna guisa podía estar con su Roberto. Pero habiendo dedicado muchos pensamientos a encontrar algún modo de estar con él, y siendo también muy solicitada por él, le vino el pensamiento de hacer de esta manera: que, como fuese que su alcoba daba a la calle y ella se había dado cuenta muchas veces de que a Arriguccio le costaba mucho dormirse, pero que después dormía profundísimamente, ideó hacer venir a Roberto a la puerta de su casa a medianoche e ir a abrirle y estarse con él mientras su

marido dormía profundamente. Y para sentir ella cuándo llegaba de guisa que nadie se apercibiese, inventó echar una cuerdecita fuera de la ventana de la alcoba que por uno de los extremos llegase cerca del suelo, y el otro extremo bajarlo hasta el pavimento y llevarlo hasta su cama, y meterlo bajo las ropas, y cuando ella estuviese en la cama atárselo al dedo gordo del pie; y luego, mandando decir esto a Roberto, le ordenó que, cuando viniera, tirase de la cuerda y ella, si su marido durmiese, lo soltaría e iría a abrirle, y si no durmiese, lo cogería y lo tiraría hacia sí, a fin de que él no esperase. La cual cosa plugo a Roberto; y habiendo ido muchas veces, alguna le sucedió estar con ella y alguna no.

Por último, continuando con este artificio de esa manera, sucedió una noche que, durmiendo la señora, y

estirando Arriguccio el pie por la cama, dio con este cordel; por lo que, llevando a él la mano y encontrándolo atado al pie de su mujer, se dijo a sí mismo: «Por cierto que esto debe ser algún engaño».

Y dándose cuenta luego de que el cordel salía por la ventana lo tuvo por cierto; por lo que cortándolo quedamente del dedo de la mujer, lo ató al suyo, y estuvo atento para ver qué quería decir esto. No mucho después vino Roberto, y tirando del cordel como acostumbraba, Arriguccio lo sintió; y no habiendo sabido atárselo bien, y habiendo Roberto tirado fuertemente y habiéndose quedado con el cordel en la mano, entendió que debía esperar; y así hizo.

Arriguccio, levantándose prestamente y cogiendo sus armas, corrió a la puerta para ver quién era aquél y para hacerle daño. Ahora, Arriguccio

era, aunque fuese mercader, un hombre fiero y fuerte; y llegado a la puerta, y no abriéndola suavemente como solía hacer la mujer, y Roberto, que esperaba, sintiéndolo, se dio cuenta que era quien era, es decir, que quien abría la puerta era Arriguccio; por lo que prestamente comenzó a huir y Arriguccio a perseguirlo. Hasta que por fin habiendo Roberto huido un gran trecho y no cesando él de seguirlo, estando también Roberto armado, sacó la espada y se volvió hacia él, y comenzaron el uno a querer herir al otro y a defenderse.

La mujer, al abrir Arriguccio la alcoba, desvelándose y encontrándose cortado el cordel del dedo, incontinenti se dio cuenta de que su engaño estaba descubierto; y sintiendo que Arriguccio había corrido tras de Roberto, levantándose prestamente, dándose cuenta de lo que podía suce-

der, llamó a su criada, la cual sabía todo, y tanto le rogó que la puso en su lugar en la cama, rogándole que, sin darse a conocer, los golpes que le diera Arriguccio recibiese pacientemente porque ella se los devolvería con tamaña recompensa que no tendría razón de quejarse.

Y apagada la luz que en la alcoba ardía, se fue de allí y, escondida en un lugar de la casa, se puso a esperar lo que iba a suceder. Siguiendo la riña entre Arriguccio y Roberto, los vecinos del barrio, sintiéndola y levantándose, comenzaron a insultarlos, y Arriguccio, por temor a ser reconocido, sin haber podido saber quién fuese el joven ni herirlo de alguna manera, airado y de mal talante, dejándolo en paz, se fue hacia su casa; y llegando a la alcoba, airadamente comenzó a decir: - ¿Dónde estás, mala mujer? ¡Has apagado la luz para que no te encuentre, pero te equivocas! Y yendo a la cama, creyendo coger a la mujer, cogió a la criada, y cuando pudo menear las manos y los pies tantos puñetazos y tantas patadas le dio que le marcó toda la cara, y por último le cortó los cabellos, diciéndole siempre las ma-

yores injurias que jamás se han dicho a una mala mujer. La criada lloraba mucho como quien tenía de qué, y aunque alguna vez dijese: «¡Ay! ¡Por el amor de Dios!» o «¡Basta!», estaba la voz tan rota por el llanto y Arri-guccio tan ciego de furor que no podía distinguir que aquélla fuese de otra mujer que la suya.

Apaleándola, pues, con todo derecho y cortándole los cabellos, como decimos, dijo: - Mala mujer, no entiendo tocarte de otro modo, sino que iré a por tus hermanos y les contaré tus buenas obras; y luego que vengan a por ti y que hagan lo que crean que corresponde a su honor y te lleven de aquí, que en esta casa ten por cierto que no estarás nunca más. Y dicho esto, saliendo de la alcoba, la cerró por fuera y se fue él solo. Cuando doña Sismonda, que todo había oído, sintió que el marido se había ido, abrió la alcoba y, encendida la luz, encontró a su criada toda machacada que lloraba fuertemente; a la cual, como mejor pudo la consoló y la llevó a su alcoba, donde después ocultamente haciéndola cuidar y curar, tanto con lo de Arriguccio mismo la recompensó que ella se tuvo por contenta. Y cuando a la criada hubo lle-

vado a su alcoba, rápidamente hizo la cama de la suya y la arregló toda y la puso en orden, como si ninguna persona se hubiera acostado allí esa noche, y volvió a encender la lámpara, y se vistió y arregló, como si todavía no se hubiese acostado; y encendiendo un candil y tomando sus telas, se fue a sentar arriba de la escalera y se puso a coser y a esperar en qué paraba aquello.

Arriguccio, al salir de su casa, lo antes que pudo se fue a la casa de los hermanos de la mujer, y allí tantos golpes dio que le sintieron y le abrieron. Los hermanos de la mujer, que eran tres, y su madre, sintiendo que era Arriguccio se levantaron todos, y haciendo encender las luces vinieron a su encuentro y le preguntaron qué iba buscando a aquella hora y tan solo. A quienes Arriguccio, empezando con el cordel que había encontrado atado al dedo del pie de doña Sismonda hasta lo último que encontrado y hecho había, se lo contó; y para darles entero testimonio de lo que había hecho, los cabellos que creía haberle cortado a su mujer se los puso en las manos, añadiendo que vienesen a por ella y que le hiciesen lo que creyeran que correspondía a su honor, porque él no pensaba tenerla más en casa. Los hermanos de la mu-

jer, muy enojados de lo que habían oído y teniéndolo por cierto, contra ella enardecidos, hechas encender antorchas, con intención de jugarle una mala partida, con Arriguccio se pusieron en camino y fueron a su casa. Lo que viendo su madre, llorando comenzó a seguirlos, ora a uno ora al otro rogando que no creyesen aquellas cosas tan súbitamente sin ver ni saber nada más, porque el marido podía por alguna razón estar enojado con ella y haberle hecho daño, y ahora decirles aquello en excusa de sí mismo, diciendo además que ella se maravillaba mucho de cómo podía haber sucedido aquello porque conocía bien a su hija, como quien la había criado desde pequeña, y muchas otras cosas semejantes.

Llegados, pues, a casa de Arriguccio y entrando dentro, comenzaron subir las escaleras; y oyéndolos venir

doña Sismonda, dijo:

- ¿Quién anda ahí?

A quien uno de los hermanos repuso:

- Bien lo sabrás tú, mala mujer, quién es.

Dijo entonces doña Sismonda:

- ¿Pero qué querrá decir esto? ¡Señor, ayúdame! Y poniéndose en pie, continuó: - Hermanos míos, sed bien venidos; ¿qué andáis buscando a esta hora los tres aquí dentro?

Ellos, habiéndola visto sentada y cosiendo y sin ninguna marca en el rostro de haber sido golpeada, cuando Arriguccio había dicho que la había dejado machacada, algo al primer envite se maravillaron y refrenaron el ímpetu de su ira, y le preguntaron que cómo había sido aquello de lo que Arriguccio se quejaba de ella, amenazándola mucho si no les decía

todo.

La mujer dijo:

- No sé qué deba decir, ni de qué tenga que haberse quejado de mí Arriguccio.

Arriguccio, al verla, la miraba como estupidizado, acordándose de que le había dado tal vez mil puñetazos en la cara y la había arañado y le había hecho todas las maldades del mundo, y ahora la veía como si no hubiera pasado nada de aquello. En resumen, los hermanos le dijeron lo que Arriguccio les había dicho del cordel y de los golpes y de todo.

La mujer, volviéndose a Arriguccio, dijo:

- ¡Ay, marido mío! ¿Qué es lo que oigo? ¿Por qué haces tenerme por mala mujer para tu gran vergüenza, cuando no lo soy, y a ti por hombre malo y cruel, que no eres? ¿Y cuándo

has estado esta noche en casa, no ya conmigo? ¿O cuándo me pegaste? En cuanto a mí, no me acuerdo.

Arriguccio comenzó a decir:

- ¿Cómo, mala mujer, no nos fuimos a la cama juntos anoche? ¿No he vuelto luego, después de haber estado corriendo tras tu amante? ¿No te he dado muchos golpes y cortado los cabellos?

La mujer repuso:

- En esta casa no te acostaste anoche tú, pero dejemos esto, que no puedo dar otro testimonio que mis palabras verdaderas, y vengamos a lo que dices que me pegaste, y cortaste los cabellos. A mí no me has pegado nunca, y cuantos hay aquí y tú también, fijaos en mí, si en todo el cuerpo tengo alguna señal de paliza; ni te aconsejaría que fueses tan atrevido que me pusieses la mano encima

que, por la cruz de Cristo te abofetearía. Ni tampoco me cortaste los cabellos, que yo lo haya sentido o lo haya visto, pero tal vez lo hiciste sin que me diese cuenta; déjame ver si los tengo cortados o no.

Y quitándose los velos de la cabeza, mostró que cortados no los tenía, sino enteros; las cuales cosas viendo y oyendo los hermanos y la madre, comenzaron a decirle a Arriguccio:

- ¿Qué dices, Arriguccio? Esto no es ya lo que nos viniste a decir que habías hecho; y no sabemos cómo puedes probar lo que queda.

Arriguccio estaba como quien soñase, y quería hablar; pero viendo que lo que creía que podía probar no era así, no se atrevía a decir nada.

La mujer, volviéndose a sus hermanos, dijo:

- Hermanos míos, veo que ha andado buscando que yo haga lo que no querría haber hecho nunca, esto es, que os cuente sus miserias y su maldad; y lo haré. Creo firmemente que lo que os ha contado le haya pasado, y oíd cómo. Este hombre de pro, a quien por mi mal me disteis por mujer, que se dice mercader y que quiere ser respetado y que debería tener más templanza que un religioso y más honestidad que una doncella, pocas son las noches que no vaya emborrachándose por las tabernas, y ahora con esta mala mujer, ahora con aquélla enredándose; y a mí se me hace hasta medianoche y a veces hasta el amanecer esperándole de la manera que me habéis encontrado. Estoy segura de que, estando bien borracho, se fue a la cama con alguna mujerzuela y a ella, al despertarse, le encontró el cordel en el pie y luego

hizo todas esas gallardías que dice, y por último volvió a ella y la pegó y le cortó los cabellos; y no habiendo vuelto en sí todavía, se creyó, y estoy segura de que lo cree todavía, que estas cosas me las había hecho a mí; y si os fijáis bien en su cara, todavía está medio borracho.

» Pero sea lo que haya dicho de mí, no quiero que se lo toméis en cuenta más que como a un borracho; y que como yo le perdono lo perdonéis vosotros también.

Su madre, oyendo estas palabras, comenzó a alborotarse y a decir:

- Por la cruz de Cristo, hija mía, eso no debía hacerse sino que debía matarse a ese perro fastidioso y desconsiderado, que no es digno de tener una tal moza como tú. ¡Bueno está!

» Ni aunque te hubiese recogido del fango! Mal rayo le parta si debes aguantar las podridas palabras de un comerciantucho en heces de burro que vienen del campo y salen de las pocilgas vestidos de pardillo con las calzas de campana y con la pluma en el culo y en cuanto tienen tres sueldos quieren a las hijas de los gentileshombres y de las buenas damas por mujeres, y usan armas y dicen: «Soy de los tales» y «Los de mi casa hicieron esto». Bien querría que mis hijos hubiesen seguido mi consejo, que tan honorablemente te podían colocar en casa de los condes Guido por un pedazo de pan ; y en cambio quisieron darte esta valiosa joya que, siendo tú la mejor moza de Florencia y la más honesta, no se ha avergonzado de decir a medianoche que eres una puta, como si no te conociésemos; pero a fe que si me hiciesen caso se le haría un

escarmiento que lo pudriese.

Y volviéndose a sus hijos, dijo:

- Hijos, bien os decía yo que esto no podía ser. ¿Habéis oído cómo vuestro cuñado trata a vuestra hermana, ese comerciantuelo de cuatro al cuarto? Que, si yo fuese vosotros, habiendo dicho lo que ha dicho de ella y haciendo lo que hace, no estaría contenta ni satisfecha mientras no lo hubiera quitado de en medio; y si yo fuese hombre en vez de mujer no querría que otro en mi lugar lo hiciese. ¡Señor, haz que le pese, borracho asqueroso que no tiene vergüenza!

Los jóvenes, vistas y oídas estas cosas, volviéndose a Arriguccio le dijeron las mayores injurias que nunca se le han dicho a ningún malvado, y por último dijeron:

- Te perdonamos ésta porque estás borracho, pero cuida de que en toda

tu vida de aquí en adelante no oigamos más noticias de éstas, que si alguna nos viene a los oídos por cierto que nos la pagarás por ésta y por aquélla.

Y dicho esto, fueron. Arriguccio, que se quedó como estúpido, no sabiendo él mismo si lo que había hecho era verdad o si lo había soñado, sin decir una palabra más dejó a su mujer en paz; la cual no solamente con su sagacidad escapó al peligro inminente sino que se abrió el camino para poder hacer en el tiempo por venir todos sus gustos sin tener miedo al marido nunca más.

NOVELA NOVENA

Lidia, mujer de Nicostrato, ama a

Pírro, el cual, para poder creerla, le pide tres cosas, todas las cuales ella le hace, y además de esto, en presencia de Nicostrato se solaza con él y a Nicostrato hace creer que no es verdad lo que ha visto.

Tanto había agradado la historia de Neifile que ni de reírse ni de hablar de ella podían dejar las señoras, aunque el rey muchas veces silencio les hubiera ordenado, habiendo mandado a Pánfilo que la suya contase; pero luego que callaron, así comenzó Pánfilo: No creo yo, reverendas señoras, que haya nada por grave y peligroso que sea, que a hacer no se atreva quien ardientemente ama; la cual cosa, aunque haya sido probada en muchas historias, no por ello creo que dejaré de probar mejor con una que entiendo contaros, donde oiréis sobre una señora que en sus obras tuvo mucho más favorable la fortuna que sensato el juicio. Y por ello no aconsejaría a ninguna que las huellas de quien hablar entiendo se arriesgase a seguir, porque no siempre la fortuna está dispuesta de un modo, ni todos los hombres del mundo son ofusca-

dos igualmente.

En Argos, ciudad antiquísima de Acaya, por sus antiguos reyes mucho más famosa que grande, hubo un hombre noble el cual fue llamado Nicostrato, a quien ya cercano a la vejez la fortuna concedió por mujer a una gran señora no menos osada que hermosa, llamada por nombre Lidia. Tenía éste, como hombre noble y rico, muchos criados y perros y aves de caza, y grandísimo deleite sentía en las cacerías; y tenía entre sus otros domésticos un jovencito cortés y adornado y hermoso de cuerpo y diestro en cualquier cosa que hubiera querido hacer, llamado Pirro, a quien Nicostrato más que a ningún otro amaba y mucho se fiaba de él. De éste, Lidia se enamoró ardientemente, tanto que ni de día ni de noche podía tener el pensamiento en otra parte sino en él; del cual amor, o que Pirro no se apercibiese o que no lo quisiese,

nada mostraba preocuparse. De lo que la señora un dolor intolerable llevaba en el ánimo; y del todo dispuesta a hacérselo saber llamó a una camarera suya llamada Lusca, en la cual confiaba mucho, y le dijo así: - Lusca, los beneficios que has recibido de mí te deben hacer obediente y fiel, y por ello cuida de que lo que ahora voy a decirte, ninguna persona lo oiga nunca sino aquel a quien yo te ordene. Como ves, Lusca, yo soy mujer joven y fresca, y llena y colmada de todas las cosas que cualquiera puede desear, y en resumen, excepto de una, no puedo quejarme; y ésta es que los años de mi marido son demasiados si se miden con los míos, por la cual cosa, de aquello de que las mujeres jóvenes más disfrutan vivo poco contenta; y sin embargo, deseándolo como las otras, hace mucho tiempo que deliberé no querer (si la fortuna

me ha sido poco amiga al darme tan viejo marido) ser yo enemiga de mí misma al no saber encontrar manera a mis deleites y mi salvación. Y para tenerlos tan satisfecho en esto como en las demás cosas, he tomado el partido de querer, como más digno de ello que ninguno otro, que nuestro Pirro con sus brazos los supla, y he puesto en él tanto amor que nunca me siento bien sino cuando lo veo o pienso en él; y si sin él, y sin tardanza no me reúno con él, ciertamente creo que me moriré. Y por ello, si mi vida te es cara, por el medio que mejor te parezca le significarás mi amor y también le rogarás de mi parte que le plazca venir a mí cuando tú vayas a buscarle.

La camarera dijo que lo haría de buen grado; y cuando primero le parecieron tiempo y lugar oportunos, llevando a Pirro aparte, cuanto mejor

supo, la embajada le dio de su señora. La cual cosa, oyendo Pirro, se maravilló mucho, como quien nunca de nada se había apercebido, y temió que la señora quisiera decírselo por probarlo; por lo que súbita y ruda-mente repuso:

- Lusca, no puedo creer que estas palabras vengan de mi señora, y por ello cuida lo que dices; y si viniesen de ella, no creo que con ánimo de cumplirlas sea; pero si con ese ánimo las dijese, mi señor me honra más de lo que merezco; no le haré tal ultraje por mi vida, y tú cuida de no hablar-me de tales cosas.

Lusca, no asustada por sus duras palabras, le dijo:

- Pirro, de éstas y de cualquiera otra cosa que mi señora me ordene te hablaré cuantas veces ella me lo encomiende, te sea gustoso o molesto; pero eres un animal.

Y enfadada, con las palabras de Pirro se volvió a la señora, la cual, al oírlas deseó morir; y luego de algunos días volvió a hablar a la camarera y dijo:

- Lusca, sabes que con el primer golpe no cae la encina; por lo que me parece que vuelvas de nuevo a aquel que en mi perjuicio inusitadamente quiere ser leal, y hallando tiempo conveniente, muéstrale enteramente mi ardor e ingéniate en todo en hacer que la cosa tenga efecto, porque si así se dejase, yo me moriré y él se creería que había sido por probarlo; y de lo que buscamos que es su amor se seguiría odio.

La camarera consoló a la señora y, buscando a Pirro, lo encontró alegre y bien dispuesto, y así le dijo:

- Pirro, yo te mostré pocos días ha en qué gran fuego tu señora y mía está por el amor que te tiene, y ahora otra vez te lo repito, que si tú en la dureza que el otro día mostraste sigues, vive seguro de que vivirá poco; por lo que te ruego que te plazca consolarla en su deseo; y si en tu obstinación continuases emperrado, cuando yo por sabio te tenía, te tendré por un bobalicón.

» ¿Qué gloria puede serte mayor que una tal señora, tan hermosa, tan noble, tan rica, te ame sobre todas las cosas? Además de esto, ¡cuán obligado debes sentirte a tu fortuna pensando que te ha puesto delante tal cosa, para los deleites de tu juventud apropiada, y aun semejante refugio para tus necesidades! ¿Qué semejante tuyo conoces que en cuanto a deleite esté mejor que tú estarás, si eres sabio? ¿Cuál otro encontrarás que en armas, en caballos, en ropas y en dineros pueda estar como tú estarás, si quieres concederle tu amor? Abre, pues, el ánimo a mis palabras y vuelve en ti; acuérdate de que puede suceder sólo una vez que la fortuna salga a tu encuentro con rostro alegre y con los brazos abiertos; la cual, quien entonces no sabe recibirla, al hallarse luego pobre y mendigo, de sí mismo y no de ella debe quejarse. Y además

de esto, no se debe la misma lealtad usar entre los servidores y los señores que se usa entre los amigos y los parientes; tal deben tratarlos los servidores, en lo que pueden, como son tratados por ellos. ¿Esperas tú, si tuvieses mujer hermosa o madre o hija o hermana que gustase a Nicostrato, que él iba a tropezar en la lealtad que quieres tú guardarle con su mujer? Necio eres si lo crees; ten por cierto que si las lisonjas y los ruegos no bastasen, fuera lo que fuese lo que pudiera parecerte, usaría la fuerza. Tratemos, pues, a ellos y a sus cosas como ellos nos tratan a nosotros y a las nuestras; toma el beneficio de la fortuna, no la alejes; sal a su encuentro y recíbela cuando viene, que por cierto si no lo haces, dejemos la muerte que sin duda seguirá de tu señora, pero tú te arrepentirás tantas veces que querrías morirte.

Pirro, que muchas veces en las palabras que Lusca le había dicho había vuelto a pensar, había tomado por partido que, si ella volviese a él otra vez, le daría otra respuesta y del todo plegarse a complacer a la señora, si pudiera asegurarse de no estar siendo puesto a prueba; y por ello repuso:

- Mira, Lusca, todas las cosas que me dices sé que son verdaderas; pero yo sé por otra parte que mi señor es muy sabio y muy perspicaz, y como pone en mi mano todos sus asuntos, mucho temo que Lidia, con su consejo y voluntad haga esto para querer probarme, y por ello, si tres cosas que yo le pida quiere hacer para esclarecerme, por cierto que nada me mandará después que yo no haga prestamente. Y las tres cosas que quiero son éstas: primeramente, que en presencia de Nicostrato mate ella misma a su bravo halcón; luego, que me

mande un mechoncito de la barba de Nicostrato, y, por último, una muela de la boca de él mismo, de las más sanas.

Estas cosas parecieron duras a Lusca y a la señora durísimas; pero Amor, que es buen consolador y gran maestro de consejos, la hizo deliberar hacerlo, y por su camarera le envió a decir que aquello que le había pedido completamente haría, y pronto; y además de ello, por lo muy sabio que él reputaba a Nicostrato, dijo que en presencia suya con Pirro se solazaría y a Nicostrato haría creer que no era verdad. Pirro, pues, se puso a esperar lo que iba a hacer la noble señora; la cual, habiendo de allí a pocos días Nicostrato dado un gran almuerzo, como acostumbraba a hacer con frecuencia, a algunos gentileshombres, y habiendo ya levantado los manteles, vestida de terciopelo verde y muy adornada, y saliendo de su cámara, a aquella sala vino donde estaban ellos, y viéndola Pirro y todos los demás, se fue a la percha donde el halcón esta-

ba, al que Nicostrato amaba tanto, y soltándolo como si en la mano lo quisiera llevar, y tomándolo por las pihuelas lo golpeó contra el muro y lo mató. Y gritándole Nicostrato: «¡Ay, mujer! ¿Qué has hecho?», nada le respondió, sino que volviéndose a los nobles hombres que con él habían comido, dijo: - Señores, mala venganza tomaría de un rey que me afrentase, si de un halcón no tuviera el atrevimiento de tomarla. Debéis saber que esta ave todo el tiempo que debe ser prestado por los hombres al placer de las mujeres me ha quitado durante mucho tiempo; porque no apenas suele aparecer la aurora, Nicostrato está levantado y montado a caballo, con su halcón en la mano yendo a las llanuras abiertas para verlo volar; y yo, como veis, sola y descontenta, en la cama me he quedado; por la cual cosa muchas veces he tenido deseos

de hacer lo que ahora he hecho, y ninguna otra razón me ha retenido sino esperar a hacerlo en presencia de hombres que justos jueces sean en mi querella, como creo que lo seréis vosotros. Los nobles señores que la oían, creyendo que no de otra manera era su afecto por Nicostrato que lo que decían sus palabras, riendo todos y hacia Nicostrato volviéndose, que airado estaba, comenzaron a decir:

- ¡Ah, qué bien ha hecho la señora al vengar su afrenta con la muerte del halcón! Y con diversas bromas sobre tal materia habiendo ya la señora vuelto a su cámara, en risa volvieron el enojo de Nicostrato.

Pirro, visto esto, se dijo a sí mismo: «Altos principios ha dado la señora a mis felices amores: ¡Dios haga que persevere!»

Matado, pues, por Lidia el halcón,

no pasaron muchos días cuando, estando ella en su alcoba junto con Nicostrato, haciéndole caricias, con él comenzó a chancear, y él, por juego tirándole un tanto de los cabellos, le dio ocasión de poner en efecto la segunda cosa pedida por Pirro; y presuntamente cogiéndole por un pequeño mechón de la barba, y riendo, tan fuerte le tiró que se lo arrancó todo del mentón; de lo que quejándose Nicostrato, ella dijo:

- ¿Y qué tienes que poner tal cara porque te he quitado unos seis pelos de la barba? ¡No sentías lo que yo cuando me tirabas poco ha de los cabellos!

Y así continuando de una palabra en otra su solaz, la mujer cautamente guardó el mechón de la barba que le había arrancado, y el mismo día la mandó a su querido amante. La tercera cosa le dio a la señora más que

pensar, pero también (como a quien era de alto ingenio y amor la hacía tener más) encontró el modo que debía seguir para darle cumplimiento. Y teniendo Nicostrato dos muchachitos confiados por su padre para que en casa, aunque fuesen gentileshombres, aprendiesen buenas maneras, de los cuales, cuando Nicostrato comía, el uno le cortaba en el plato y el otro le daba de beber, haciendo llamar a los dos, les dio a entender que les olía la boca y les enseñó que, cuando sirviesen a Nicostrato, echasen la cabeza hacia atrás lo más que pudieran, y no le dijiesen esto nunca a nadie.

Los jovencitos, creyéndolo, comenzaron a seguir aquella manera que la señora les había enseñado; por lo que ella una vez preguntó a Nicostrato:

- ¿Te has dado cuenta de lo que hacen estos muchachitos cuando te sirven?

Dijo Nicostrato:

- Claro que sí, así les he querido preguntar que por qué lo hacían.

La señora le dijo:

- No lo hagas, que yo te lo diré, y te lo he ocultado mucho tiempo para no disgustarte; pero ahora que me doy cuenta de que otros comienzan a percatarse, ya no debo ocultártelo. Esto no te sucede sino porque la boca te hiede fieramente, y no sé cuál será la razón, porque esto no solía ser; y ésta es cosa feísima, teniendo que tratar tú con gentileshombres, y por ello se debía ver el modo de curarla.

Dijo entonces Nicostrato:

- ¿Qué podría ser ello? ¿Tendré en la boca alguna muela estropeada?

A quien Lidia dijo:

- Tal vez sí.

Y llevándolo a una ventana le hizo

abrir bien la boca y luego de que le hubo de una parte y otra mirado, dijo:

- Oh, Nicostrato, ¿y cómo puedes haberla sufrido tanto? Tienes una de esta parte la cual, a lo que me parece, no solamente está dañada, sino que está toda podrida, y con seguridad si la tienes en la boca estropeará las que están al lado; por lo que te aconsejaría que te la sacases antes de que el asunto vaya más adelante.

Dijo entonces Nicostrato:

- Puesto que te parece así, y ello me agrada, mándese sin tardanza por un maestro que me la saque.

A quien la señora dijo:

- No plazca a Dios que por esto venga un maestro; me parece que está de manera que sin ningún maestro yo misma te la arrancaré óptimamente. Y, por otra parte, estos maes-

tros son tan crueles al hacer estos servicios que el corazón no me sufriría de ninguna manera verte o saberte en las manos de ninguno; y por ello quiero absolutamente hacerlo yo misma, que al menos, si te duele demasiado yo te soltaré incontinenti, cosa que el maestro no haría.

Haciéndose, pues, traer los instrumentos propios de tal servicio y haciendo salir de la cámara a todas las personas, solamente retuvo consigo a Lusca; y encerrándose dentro hicieron echarse a Nicostrato sobre una mesa y poniéndole las tenazas en la boca y cogiéndole una muela, por muy fuerte que él de dolor gritase, sujetado firmemente por la una la otra le arrancó una muela a viva fuerza; y guardándola y cogiendo otra que cuidadosamente dañada Lidia tenía en la mano, a él doliente y casi medio muerto se la mostraron

diciendo:

- Mira lo que has tenido en la boca hace tanto tiempo.

Creyéndolo él, aunque gravísimo dolor aguantado hubiese y mucho se quejase, sin embargo, luego que fuera estaba, le pareció estar curado, y con una cosa y con otra reconfortado, aliviándose su dolor, salió de la cámara.

La señora, tomando la muela, enseguida a su amante la mandó; el cual, ya seguro de su amor, se ofreció dispuesto a todo su gusto. La señora, deseando asegurarlo más y pareciéndole aún cada hora mil antes de estar con él, queriendo lo que le había prometido cumplir, fingiendo estar enferma y estando un día después de comer Nicostrato visitándola, no viendo con él a nadie más que a Pírrro, le rogó, para alivio de sus molestias, que la ayudase a ir hasta el jar-

dín. Por lo que Nicostrato de uno de los lados y Pirro del otro cogiéndola, la llevaron al jardín y en un pradecillo al pie de un buen peral la dejaron; donde estando sentados algún rato, dijo la señora, que ya había hecho informar a Pirro de lo que tenía que hacer:

- ¡Pirro, tengo gran deseo de tener algunas de aquellas peras, y así súbete allá arriba y échame unas cuantas!

Pirro, prestamente subiendo, comenzó a echar abajo peras, y mientras las echaba, comenzó a decir:

- Eh, mi señor, ¿qué es eso que hacéis? ¿Y vos, señora, cómo no os avergonzáis de sufrirlo en mi presencia? ¿Creéis que sea ciego? Vos estabais hace un momento muy enferma, ¿cómo os habéis curado tan pronto que hagáis tales cosas? Las cuales, si las queréis hacer tenéis tantas her-

mosas alcobas; ¿por qué no os vais a alguna de ellas a hacer esas cosas? Y será más honesto que hacerlo en mi presencia.

La señora, volviéndose al marido, dijo:

- ¿Qué dice Pirro? ¿Desvaría? Dijo entonces Pirro:

- No desvarío, no, señora; ¿no creéis que vea?

Nicostrato se maravillaba fuertemente, y dijo:

- Pirro, verdaderamente creo que sueñas. A quien Pirro repuso:

- Señor mío, no sueño nada, y vos tampoco soñáis; sino que os meneáis tanto que si así se menease este peral ninguna pera quedaría en él.

Dijo la señora entonces:

- ¿Qué puede ser esto? ¿Podría ser verdad que le pareciese verdad lo que

dice? Así me guarde Dios si estuviera sana como lo estaba antes, que subiría allí arriba para ver qué maravillas son esas que éste dice que ve.

Pero Pirro, arriba en el peral, hablaba y continuaba este discurso; a quien Nicostrato dijo:

- Baja aquí.

Y él bajó; y le dijo:

- ¿Qué dices que ves?

Dijo Pirro:

- Creo que me tenéis por estúpido o por desvariado; os veía a vos encima de vuestra mujer, puesto que debo decirlo; y luego, al bajar, os vi levantaros y poneros así donde estáis sentados.

- Ciertamente -dijo Nicostrato-, eres estúpido en esto, que no nos hemos movido un punto desde que subiste al peral, de como tú ves.

Al cual dijo Pirro:

- ¿Por qué vamos a hacer una cuestión? Que os vi, os vi, pero os vi sobre lo vuestro.

Nicostrato se maravillaba más a cada momento, tanto que dijo:

- ¡Bien quiero ver si ese peral está encantado y quien está ahí arriba ve maravillas!

Y se subió a él; y en cuanto estuvo arriba su mujer junto con Pirro empezaron a solazarse. Lo que viendo Nicostrato comenzó a gritar:

- ¡Ay, mala mujer! ¿Qué estás haciendo? ¿Y tú, Pirro, de quien yo más fiaba?

Y diciendo esto comenzó a bajar del peral. La señora y Pirro decían:

- Estamos aquí sentados.

Y al verlo bajar volvieron a sentarse en la misma guisa que él dejado los

había. Al estar abajo Nicostrato y verlos donde los había dejado, comenzó a injuriosos. Y Pirro le decía:

- Nicostrato, ahora verdaderamente reconozco yo que, como vos decíais antes, vi engañosamente mientras estaba subido al peral; y no lo conozco por otra cosa sino por ésta, que veo y sé que equivocadamente habéis visto vos. Y que yo digo la verdad nada puede demostrároslo sino tener sensatez y pensar por qué motivo vuestra mujer, que es honestísima y más prudente que ninguna, si quisiera con tal cosa haceros ultraje, iría a hacerlo bajo vuestros ojos; nada quiero decir de mí, que primero me dejaría descuartizar que pensar en ello, no ya que viniese a hacerlo en presencia vuestra. Por lo que, por cierto, la mañana de este falso ver debe proceder del peral, porque nada en el mundo me hubiese hecho creer que vos no estuvisteis aquí yaciendo carnalmente con vuestra mujer si no os oyera decir qué os ha parecido que yo he he-

cho lo que estoy certísimo de que, no ya nunca lo hice, sino que ni lo pensé.

La señora, después, que como toda enojada se había puesto en pie, comenzó a decir:

- Mala ventura haya si me tienes por tan poco sensata que, si quisiera llegar a esas miserias que tú dices haber visto viniera a hacerlas delante de tus ojos. Está seguro de esto, de que si alguna vez el deseo me viniera, no vendría aquí, sino que me creería capaz de estar escondidamente en una de nuestras alcobas, de guisa y de manera que asombroso me parecía que tú nunca llegases a saberlo.

Nicostrato, a quien verdadero parecía lo que decían el uno y el otro, que delante de él a tal acto no iban a haberse dejado ir, dejando las palabras y las reprensiones sobre aquel asunto, comenzó a razonar sobre la

extrañeza del hecho y del milagro de la vista que así cambiaba a quien subía encima.

Pero la señora, que de la opinión que Nicostrato mostraba haber tenido de ella se mostraba airada, dijo:

- Verdaderamente este peral no hará ninguna más, ni a mí ni a otra mujer, de estas deshonras, si yo puedo; y por ello, Pirro, ve y busca un hacha y en un punto a ti y a mí vénganos cortándolo, aunque mucho mejor estaría darle con ella en la cabeza a Nicostrato, que sin consideración alguna tan pronto se dejó cegar los ojos del intelecto; que, aunque a los que tienes en la cara les pareciese lo que dices, por nada debías haber consentido ni creído con el juicio de tu mente que fuese así.

Pirro, prestísimo, fue por el hacha y cortó el peral, el que como la señora viese caído, dijo a Nicostrato:

- Pues que veo abatido al enemigo de mi honestidad, mi ira se ha terminado.

Y a Nicostrato, que se lo rogaba, benignamente perdonó ordenándole que no le sucediese pensar de aquella que más que a ella le amaba, semejante cosa nunca más. Así, el mísero marido escarnecido, junto con ella y con su amante se volvieron a su casa, en la cual, luego, muchas veces Pirro de Lidia y ella de él, con más calma disfrutaron placer y deleite. Dios nos lo dé a nosotros.

NOVELA DÉCIMA

Dos sieneses aman a una mujer comadre de uno, muere el compadre y vuelve al compañero según la promesa que le habían hecho, y le cuenta cómo se está en el más allá.

Quedaba solamente al rey tener que novelar; el cual después que vio a las señoras calmadas (que se dolían del peral cortado, que no había tenido culpa), comenzó: Manifestísima cosa es que todo justo rey el primer guardador debe ser de las leyes hechas por él, y si otra cosa hace, siervo digno de castigo y no rey debe juzgarse; en el cual pecado y reprimenda a mí, que vuestro rey soy, como obligado me conviene caer. Es verdad que ayer di yo la ley para nuestros razonamientos de hoy, con intención de no querer este día usar de mi privilegio sino sujetarme con vosotros a ella y razonar de aquello que todos habéis razonado; pero no solamente ha sido contado aquello sobre lo que yo imaginaba que iba a hablar, sino que han sido dichas sobre ello tantas otras cosas y tanto mejores, que yo, en cuanto a mí, por mucho que en la

memoria busque, recordar no puedo ni saber que sobre tal materia algo pueda decir que a las contadas pueda compararse. Y por ello, debiendo contravenir la ley por mí mismo dada, como digno de castigo, desde ahora a toda reparación que me sea ordenada me declaro aparejado, y a mi acostumbrado privilegio volveré; y digo que la historia dicha por Elisa sobre el compadre y la comadre, y también la mentecatez de los sieneses, tienen tanta fuerza, carísimas señoras que, dejando las burlas que a sus maridos necios hacen las mujeres discretas, me llevan a contaros una historieta sobre ellos la cual, aunque en sí tenga mucho de lo que no debe creerse, no menos será en parte placentera de escuchar.

Hubo, pues, en Siena, dos jóvenes pueblerinos de los cuales uno tuvo por nombre Tingoccio Mini y el otro fue llamado Meuccio de Tura ; y casi nunca estaban el uno sin el otro, y a lo que parecía se amaban mucho. Y yendo, como los hombres van, a la iglesia y a los sermones, muchas veces oído habían la gloria y la miseria que a las almas de quienes morían era según sus méritos, concedida en el otro mundo; de las cuales cosas deseando saber segura noticia, y no encontrando el modo, se prometieron el uno al otro que quien primero de ellos muriese, al que quedase vivo volvería si podía y le daría noticia de lo que deseaba; y esto lo confirmaron con juramento. Habiéndose, pues, esta promesa hecho y continuando juntos, como se ha dicho, sucedió que Tingoccio emparentó como compadre con un Ambruoggio Anselmini,

que estaba en Camporeggi; el cual, de su mujer llamada doña Mita había tenido un hijo. El cual Tingoccio, junto con Meuccio visitando alguna vez a esta su comadre, que era una hermosísima y atrayente mujer, no obstante el compadrazgo se enamoró de ella; y Meuccio semejantemente, placiéndole ella mucho y mucho oyéndola alabar a Tingoccio, se enamoró de ella. Y en este amor el uno se ocultaba del otro, pero no por la misma razón: Tingoccio se guardaba de descubrirlo a Meuccio por la maldad que a él mismo le parecía ser amar a su comadre, y se habría avergonzado de que alguien lo hubiera sabido; Meuccio no se guardaba por esto sino porque ya se había apercebido de que le placía a Tingoccio, por lo que decía: «Si yo le descubro esto, tomará celos de mí, y pudiéndole hablar cuanto guste, como compadre, en lo

que pueda la hará odiarme, y así nunca nada que me plazca tendré de ella». Ahora, amando estos dos jóvenes como se ha dicho, sucedió que Tingoccio, a quien era más fácil poder abrir a la mujer todos sus deseos, tanto supo hacer con actos y con palabras que consiguió de ella su gusto; de lo que Meuccio bien se percató, y aunque mucho le desagradase, sin embargo, esperando alguna vez llegar al objeto de su deseo, para que Tingoccio no tuviera materia ni ocasión de estropear o impedir algún asunto suyo, hacía semblante de no enterarse. Amando, así, los dos compañeros, el uno más felizmente que el otro, sucedió que, encontrando Tingoccio en las tierras de la comadre el terreno blando, tanto labró y tanto cavó en él que le vino una enfermedad, la cual después de algunos días se agravó tanto que, no pudiendo so-

portarla, se fue al otro mundo. Y ya difunto, tres días después, que tal vez primero no había podido, vino, según la promesa hecha, una noche a la alcoba de Meuccio, al cual, que dormía profundamente, llamó. Meuccio, despertándose, dijo:

- ¿Quién eres tú?

A quien respondió:

- Soy Tingoccio que, según la promesa que te hice, he vuelto a darte noticias del otro mundo. Algo se espantó Meuccio al verlo, pero tranquilizándose luego dijo:

- ¡Seas bienvenido, hermano mío!

Y luego le preguntó si se había perdido; al que Tingoccio repuso:

- Perdidas están las cosas que no se encuentran: ¿y cómo iba a estar yo aquí en medio si estuviera perdido?

- ¡Ah! -dijo Meuccio-, yo no digo eso: sino que te pregunto si estás en-

tre las almas condenadas en el fuego atormentador del infierno.

A quien Tingoccio repuso:

- Eso no, pero sí estoy, por los pecados cometidos por mí, en penas gravísimas y muy angustiosas.

Preguntó entonces Meuccio particularmente a Tingoccio qué penas se daban allá por cada uno de los pecados que aquí se cometen; y Tingoccio se las dijo todas. Luego le preguntó Meuccio si él podía aquí hacer por él alguna cosa; a quien Tingoccio respondió que sí, y era que hiciera decir por él misas y oraciones y dar limosnas, porque estas cosas mucho ayudaban a los de allá. A quien Meuccio dijo que lo haría de buena gana; y separándose Tingoccio de él, Meuccio se acordó de la comadre, y levantando algo la cabeza, dijo:

- Ahora que me acuerdo, oh Tin-

goccio: ¿por la comadre con la que te acostabas cuando estabas aquí, qué pena te han dado allá?

A quien Tingoccio repuso.

- Hermano mío, cuando llegué allí, había uno que parecía que todos mis pecados sabía de memoria, el cual me mandó que fuese a aquel lugar (donde lloré con grandísimas penas mis culpas), donde encontré a muchos amigos a la misma pena que yo condenados; y estando yo entre ellos, y acordándome de lo que había hecho con la comadre, y esperando por ello mucha mayor pena que la que me había sido dada, aunque estuviese en un gran fuego y muy ardiente, todo de miedo temblaba. Lo que sintiendo uno que había a mi lado, me dijo: «¿Qué tienes más que los demás que aquí están que tiembles estando en el fuego?». «¡Oh! - dije yo-, amigo mío, tengo gran miedo del juicio que espero de un gran pecado que he hecho.» Aquél me preguntó entonces que qué pecado era aquél; y le dije: «El pecado fue tal, que me acostaba con una

comadre mía: y tanto me acosté que me despellejé». Y él entonces, burlándose de aquello, me dijo: «Anda, tonto, no temas, que aquí no se lleva ninguna cuenta de las comadres», lo que oyéndolo yo, todo me tranquilicé.

Y dicho esto, acercándose el día, dijo:

- Meuccio, quédate con Dios, que yo no puedo ya estar contigo.

Y súbitamente se fue. Meuccio, habiendo oído que ninguna cuenta se llevaba de las comadres, comenzó a burlarse de su necesidad, pues ya había dejado pasar a unas cuantas; por lo que, abandonando su ignorancia, en aquello en adelante fue sabio.

Las cuales cosas, si fray Rinaldo las hubiese sabido, no habría tenido necesidad de andar con silogismos cuando persuadió a hacer su gusto a

su buena comadre.

DESPEDIDA

Estaba Céfiro siendo levantado por el sol que al poniente se avecinaba cuando el rey, terminada su historia y no quedándole nada por decir, quitándose la corona de la cabeza, sobre la cabeza la puso de Laureta, diciendo:

- Señora, con vos misma os coronó reina de nuestra compañía; aquello que de ahora en adelante creáis que sea placer y consuelo de todos, como señora mandaréis - y volvió a sentarse.

Laureta, hecha reina, hizo llamar al senescal, a quien ordenó que man-

dase que en el placentero valle un tanto antes de lo acostumbrado se pusiesen las mesas, para que después con tiempo se pudiera volver a la casa; y luego, lo que tenía que hacer mientras su gobierno durase, le expuso. Luego, vuelta a la compañía, dijo:

- Dioneo quiso ayer que hoy se hablase de las burlas que las mujeres hacen a sus maridos; y si no fuese que yo no quiero mostrar ser de casta de can gruñidor, que incontinenti quiere vengarse, diría yo que mañana se razonase sobre las burlas que los hombres hacen a sus mujeres. Pero dejando esto, digo que cada uno piense en contar burlas de esas que todos los días o la mujer al hombre o el hombre a la mujer, o un hombre a otro hombre hacen; y creo que sobre esto será no menos placentero razonar que ha sido hoy.

Y dicho esto, poniéndose en pie, hasta la hora de la cena licenció a la compañía. Levantándose, pues, las señoras y los hombres por igual, algunos de ellos, descalzos, comenzaron a andar por el agua clara y otros entre los bellos y derechos árboles sobre el verde prado se andaban entreteniéndose. Dioneo y Fiameta un buen rato cantaron juntos sobre Arcita y Palemón ; y así, en varios y diversos deleites recreándose, el tiempo hasta la hora de la cena con grandísimo placer pasaron; venida la cual, y a lo largo del pequeño piélago puestas las mesas, allí al canto de mil pájaros, refrescados siempre por un aura suave que de aquellas montañitas de alrededor nacía, sin ninguna mosca, reposadamente y con alegría cenaron. Y levantadas las mesas, luego de que algún tiempo por el placentero valle hubieron dado vueltas, estando aho-

ra el sol alto a medio crepúsculo, como plugo a su reina, hacia su acostumbrada morada con lento paso volvieron a ponerse en camino, y bromeando y charlando de mil cosas, tanto de las que durante el día se había hablado como de otras, a la hermosa casa, bastante cerca de la noche, llegaron. Donde con fresquísimos vinos y con dulces alejando la fatiga del escaso camino, en torno de la bella fuente ahora rompieron a danzar, unas veces al son de la cornamusa de Tíndaro y otras a otros sones carolando; pero al final la reina ordenó a Filomena que cantase una canción, la cual comenzó así:

“¡Ay de mi infeliz vida! ¿Alguna vez podría regresar al lugar del que fui desposeída? No estoy segura, y es tan ardoroso el afán de mi pecho por retornar a do vivir solía, oh caro bien, oh mi único reposo, que me tie-

ne maltrecho. ¡Ah, dime tú, que no preguntaría a otro, ni sabría! Ah, señor mío, házmelo esperar, que es el consuelo de mi alma afligida. No sé bien repetir cuál fue el placer que me tiene infamada sin poder descansar noche ni día, porque el sentir, el escuchar y el ver, con fuerza desusada, cada uno en su hoguera me encendía, donde ardo todavía: y sólo tú me puedes animar y devolverme la virtud perdida.

» ¡Ah, dime tú si ocurrirá algún día que te encuentre quizás donde los ojos que causan mi duelo; dímelo, caro bien, dulce alma mía, dime cuándo vendrás, que al decir «Pronto» ya me das consuelo; pase el tiempo en un vuelo que he de esperarte, y largo sea tu estar, para curarme, que es grande mi herida!

» Si sucede que alguna vez te tenga no sé si seré loca como antes fui y te

dejaré partir, te retendré, y que venga lo que venga, pues de la dulce boca mi deseo se debe bien nutrir; no más quiero decir; así, ven pronto, venme ya a abrazar, que con pensarlo el canto cobra vida.

Juzgar hizo esta canción a toda la compañía que un nuevo y placentero amor a Filomena asediase; y porque por sus palabras parecía que más hubiera probado de él que la sola vista, teniéndola por muy feliz, envidia le tuvieron algunos de los que allí estaban. Pero luego de que su canción hubo terminado, acordándose la reina de que el día siguiente era viernes, así a todos placenteramente dijo:

- Sabéis, nobilísimas señoras, y vosotros jóvenes, que mañana es el día que a la pasión de Nuestro Señor está consagrado, el cual, si bien os acordáis, devotamente celebramos siendo reina Neifile; y las entretenidas na-

rraciones suspendimos; y lo mismo hicimos el sábado subsiguiente. Por lo que, queriendo el buen ejemplo dado por Neifile seguir, estimo que honesta cosa sea que mañana y el día siguiente, como los pasados días hicimos, nos abstengamos de nuestro deleitoso novelar, trayendo a la memoria lo que en semejantes días por la salvación de nuestras almas sucedió.

Plugo a todos el devoto hablar de su reina; por la cual dados licencia, habiendo ya pasado buen pedazo de la noche, todos se fueron a reposar.